

La Ilustración Artística



Año XIII

BARCELONA 10 DE SEPTIEMBRE DE 1894

Núm. 663

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el correspondiente tomo de la Biblioteca Universal «Los Ecos de las Montañas» de D. José Zorrilla, con magníficas ilustraciones de Gustavo Doré.



CONSUELOS DE LA AMISTAD, cuadro de A. Marck

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *La venganza de un gorrión. Cuento japonés.* - *El jaique*, por F. Moreno Godino. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *La taberna de las Tres Virtudes* (continuación), novela original de Saint-Juirs, con ilustraciones de Daniel Urrabieta Vierge. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Armas explosivas submarinas*, por Jorge Wislicenus. - Libros recibidos.

Grabados. - *Consuelos de la amistad*, cuadro de A. Marck. - *La rogativa*, cuadro de Vicente Borrás Abella. - *Sor Sancho y sus compañeras de caridad*, cuadro de Francisco Torrescasana. - *Jardinera*, cuadro de Gabriel Schachinger. - *Al amanecer*, cuadro de Emilio Sánchez Perrier. - *Viam veritatis elegi*, cuadro de Ricardo Brugada. - *Banquete de los oficiales de los arqueros de San Adriano*, cuadro de Francisco Hals. - *La Virgen de la Soledad*, escultura de Rafael Atché. - *Niño riendo*, busto en bronce de Félix Pardo de Tavera. - *El primer rencoroso*, estatua de José Pagés Horta. - *Figuras 1, 2 y 3. Explosiones de un torpedo, de una carga de gelatina y de una mina.* - *Parada y fonda*, cuadro de Mariano Oliver Aznar.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El palacio de Cintra. - Su quema. - Sus recuerdos históricos. - Evocación de Byron. - Su descripción de la montaña de Cintra, tal como la vió el poeta en principios de nuestro siglo. - San Pablo perseguido ahora por las autoridades turcas. - Demanda de su partida de defunción por los alcaldes de Gálata. - El conde de París moribundo. - Muerte de su idea. - Los Orleanses en la Historia. - Conclusión.

Hallábame yo hace algunos años en París, cuando, al recorrer muy temprano los periódicos del día, según mi antigua é inveterada costumbre, halléme con que se quemaba el maravilloso edificio nuestro del Darro, la incomparable Alhambra. No quiero decir las angustias pasadas por mí hasta enterarme de que se había cortado el incendio, tras desperfectos ocasionados por las voraces llamas, pero muy reducidos á la pared norte del patio de los Arrayanes. Pues un análogo sentimiento me asaltó, aunque no tan intenso, al saber que ardiera estos días el palacio de Cintra. Sucede con los monumentos antiguos llegados á nuestros días lo mismo que sucede con todas las antigüedades preservadas de los desgastes del tiempo. La conservación suma otro mérito más con los méritos intrínsecos. A causas de destrucción como la voracidad del tiempo y como la inclemencia del aire, únese otra mayor, las cóleras del hombre, que no ha sabido renovar las instituciones, sino con destruir los edificios donde se albergaban, como los justísimos odios de los liberales á la Inquisición y á las órdenes monásticas no se contentaron sólo con suprimir estos institutos, desarraigaron del suelo, convirtiéndolos en escombros, los edificios y monumentos donde se albergaban, dañando con este desarraigo muy gravemente, así á las letras como á las artes y á la Historia. Yo no recuerdo bien el palacio de Cintra. Suélen compararlo en Portugal á los alcázares árabes de Granada; pero hay entre unos y otros poco parecido. Recuerdo muy bien que la montaña, cubierta de una vegetación muy varia y ceñida de jardines deleitosos, donde los helechos del Norte se juntan á los naranjales y á los granados y á las palmas del Mediodía, encantóme de suerte que no me dejó tiempo bastante para contemplar los edificios alzados allí, quizás por hallarse uno tan parecido á los juguetes de cartón piedra y á las decoraciones de teatro casero como el Castillo de la Peña, fabricado en la cima por el regente D. Fernando, quien cambió la funesta dinastía de Braganzas en una bonachona y germánica dinastía de Coburgos. El regio palacio antiguo conserva fragmentos de arte medioeval, reminiscencias manuelinas, azulejos mudéjares; pero lo ha invadido todo en tales términos el mal gusto de la pasada centuria, que sólo queda espacio á la evocación de recuerdos históricos tan interesantes como el cautiverio de D. Alfonso VI, el reinado de D. Juan II, la partida para el desastre de Africa del malogrado joven D. Sebastián, última sombra de los temerarios y emprendedores príncipes de Aviz. Por fortuna todos estos escenarios de la Historia se han salvado, no habiendo metido en ellos el cuezlo las devastadoras llamas, para destruir, como dicen las viejas maneras de hablar castellanas, para destruir el yeso. Lo confieso sin empacho: como yo vi á Cintra de muy mozo, lo que más en ella embargó mi ánimo fué el recuerdo célebre de la visita que Byron le hizo á principios del siglo y con cuyo relato comienza la hermosísima odisea sentimental titulada *Childe-Herold*. Pocos poetas han expresado el sentimiento de la Naturaleza como Byron. Gusta, es verdad, de interrumpir su serenidad con el grito de los dolores individuales, pero también gusta de mostrar cómo su savia penetra hasta la imaginación y le hace brotar flores, al modo que los jugos de la savia primaveral hinchan las yemas del seco almendro. Así nos ha descrito sobriamente su arribo á las tierras occidentales, después

de haber pasado los tormentosos golfos de Vizcaya, las riberas encantadoras de la vieja Lusitania, la desembocadura del Tajo, los montes con sus aureolas de luz y sus capuchones de blanquecinas nieblas, los frutos de oro escondidos bajo las amplias hojas de esmeralda empapadísimas en deliciosos aromas, Lisboa retratada en el espejo de las aguas, los no soñados paisajes de Cintra, por cuyos tortuosos senderos ya se descubre un monasterio lleno de sombríos penitentes, ya las cruces que recuerdan horribles asesinatos; pero sobre todo, el oleaje de montañas graníticas dentadas, con los picachos suspendidos en lo infinito y casi agitados por el viento, con los cambios bruscos de luz y de sombra, con las blancas coronas de madreSelva, con los profundos valles donde los vegetales del Norte lloran la triste ausencia del sol, con las laderas cubiertas de naranjales, con el fragor de mil torrentes desgajándose todos en varias tranquilas cascadas, y el espectáculo del océano infinito reflejando la hermosa luz diurna de los horizontes ibéricos en sus espacios celestiales. Cuentan que Ibsen, criado en el Báltico, sintió un deslumbramiento que llegó hasta cegar su espíritu, cuando por primera vez descubriera el Mediterráneo en Istria; pues á Byron jamás se le ha borrado el beso de nuestro cielo en la frente.

II

Un poco brusco el salto desde las tierras extremas del Occidente á las tierras extremas del Oriente, desde Lisboa y sus alrededores á Constantinopla y el Bósforo. Pero el caso que voy á contar presenta caracteres extraordinarios, los cuales bien merecen un poco de murmuración en estas murmuradoras revistas. Holgaos en la gloria, cuando al enfriamiento de nuestro planeta concluirán tarde ó temprano el mármol de las estatuas dóricas y el recuerdo de los poemas homéricos, llamados por nosotros inmortales. Desvivíof hasta ser un San Pablo, ayudando como apóstol á fundar la religión del espíritu, y oponiendo como mártir vuestra voluntad de hierro á la tiranía del cesarismo: las autoridades turcas os tomarán por cualquier anarquista como Caserio y confundirán vuestras epístolas divinas con una carta de Reclus acerca del robo y con un manifiesto de Ravachol acerca del asesinato. Cuentan que una noche, paseándose Víctor Hugo por los bulevares parisienses, entró en gana de ir al teatro San Martín; y como se dirigiera por la entrada de favor, debida en todos los teatros franceses al gloriosísimo autor de Lucrecia y Hernani, dando su nombre de fama universal, el taquillero, después de registrar sucio cuaderno, donde constaba la lista de favorecidos, le respondió: «Víctor Hugo no consta en estos papeles,» despidiéndole con desdeñoso dejo, pues ignoraba la existencia del renombrado poeta, por no haberle oído nombrar en su vida. Lograd que las epístolas vuestras á los galatas de hace veinte siglos se recen y canten todos los días en las cinco partes del mundo, para que un alcalde turco de los galatas de ahora las tome por incendiarias proclamas. Con efecto, algo hay en ellas contra el sacramento de los sacramentos semitas, contra la circuncisión, que ha despertado el interés de los turcos. Pero como los cristianos, lectores hoy del maravilloso libro donde constan las epístolas de San Pablo, hayan demostrado que se refiere á la circuncisión judía lo dicho por el autor, muerto muchos siglos antes de la venida del Profeta Mahoma, los mahometanos han pedido la partida de defunción del apóstol, si quieren sus secuaces que puedan permitirse hoy allí la lectura de sus cartas. De no contarlo un periódico de Constantinopla que se llama *El Presbiterismo*, apenas podríamos creerlo. ¡Pobre San Pablo! Como Jesucristo había reconciliado al hombre con Dios, la Iglesia, su heredera, debía reconciliar al hombre con el hombre, unas razas con otras razas. Para cumplir esa misión providencial aparece San Pablo en la Historia. Judío por su familia, poseía el principio verdadero de la unidad del Eterno; griego por su educación, poseía los principios más adelantados y más profundos entonces sobre la naturaleza del hombre; ciudadano de Roma por privilegio, como todos los ciudadanos de Roma, tenía conciencia de la unidad del mundo y de la unión entre sus razas; exaltado, amaba de suyo hasta llegar al delirio y aborrecía de suyo hasta llegar al odio y al desquite; y así, cuando judío, fué San Pablo el primero que se bañó en sangre de los mártires cristianos; y convertido al cristianismo, porque un rayo de luz divina le hirió los ojos, su amor le llevó por toda la tierra, su actividad no se dió punto de reposo, su entereza sufrió toda suerte de persecuciones y de adversidades, tres naufragios, las varas de los procónsules que le desgarraron sus carnes, las piedras de los paganos que le rompieron sus huesos, las asechanzas de los animalés en el desierto, la furia de los elementos que

tostaron su piel y consumieron su sangre: desgracias que ni le amedrentaron ni fueron parte á impedir su maravillosa predicación, pues en Éfeso hace temblar sobre su pedestal á la diosa Diána, y en Corinto consigue cerrar el templo de Venus, y delante del Areópago predica en Atenas la unidad de un Dios verdadero superior al dios psicológico de Sócrates, y en Jerusalén dice ante los egoísmos de la raza israelita que después del cristianismo ya no hay ni griegos, ni romanos, ni judíos, sino hombres tan sólo, y trabaja incansable por su divina idea, iluminándola á los ojos de la Historia con el fuego de su exaltado espíritu.

III

¡La muerte! Siempre á vueltas con la muerte. Acabábamos de considerar las consecuencias que podría traer á Portugal el prematuro fin de su gran escritor Oliveira, cuando el telégrafo nos constriñe á meditar sobre las consecuencias que podrá traer á Francia la muerte de su tenaz pretendiente á la corona el jefe de los Orleanses. Descubramonos con respeto ante las agonías de un mortal y compadezcamos á su familia, no exenta de los tributos que debemos todos los mortales pagar al dolor y á la muerte. Pero es imposible que renunciemos á indicar lo que pensamos acerca de la trascendencia del tránsito de un aspirante á monarca desde este mundo al otro, sin que recordemos la historia de los Orleanses y su antigua significación en la política europea. No se pueden por manera ninguna desmentir los compromisos seculares que tienen las dinastías, familia de príncipes, los cuales se legan unos á otros sus comunes ideas, ó bien por el vínculo fisiológico de la sangre, ó bien por el vínculo moral de la educación. ¿Qué dinastía europea no representa hoy lo representado por sus predecesores hace ya muchos siglos? El rey de Prusia representa intereses del primer elector de Brandeburgo; representa las ideas del rey Filósofo, del gran Federico, la unidad de Alemania por medio del protestantismo, es decir, de la libertad de conciencia. El emperador de Austria, no obstante haber pasado de Hapsburgo á Lorena y haber admitido las últimas innovaciones constitucionales, significa lo que significaba Carlos V, y su hermano el infante de España D. Fernando significa el predominio en Hungría, en Bohemia, en Dalmacia, en todo el Oriente, de los alemanes sobre los esclavos. Pues bien: la familia de Orleans representa el predominio de la clase media enriquecida por la revolución sobre la legitimidad antigua de un lado y de otro lado sobre la democracia moderna. Hijos de un hermano menor de Luis XIV formaron la rama segunda, cuyas raíces quisieran desarraigar y cuya sombra destruir á la rama primera. Los reyes, deseosos de que no acabaran en sus ambiciones con los primogénitos los segundogénitos, enriquecieronlos á porfía. Así enriqueció tanto Luis XIV á Felipe de Orleans, que parecía éste otro rey como su hermano en Versalles; y si fundó Luis XIV después para contrastar el poder extraíble de tanta riqueza dos vínculos en dos bastardos suyos, estos vínculos se reunieron en la cuna de una sola niña, la duquesa de Penthière, que se casó con un duque de Orleans. Así, tal casa fué la más rica de Europa. Los reyes antiguos levantaban un trono de plata para los Orleanses, junto al trono de oro de los borbones; mas aquel trono de plata se desprendió como un grande alud y destrozó el trono de oro. En el instante mismo de verse Luis Felipe bajo los doseles del solio francés, en aquel instante creyó que si la perdición de su rama primera dimanó del culto religioso á las viejas ideas, debía dimanar del culto material á los intereses nuevos la salvación de su rama segunda. Y no hubo más en toda la dinastía de Orleans que un holocausto continuo al dios de la riqueza. El rey era rey, no por su nombre, por sus propiedades; al senador ó par no se le pedían blasones, sino rentas; al diputado no se le preguntaba por los grados de su capacidad, se le preguntaba por los recibos de su contribución; al periodista no se le demandaban títulos literarios de aptitud, sino papel del Estado en depósito; al elector no se le reconocía su autoridad por el derecho nativo, por el censo electoral; y al jurado, antes de examinarle la conciencia, se le examinaba la bolsa. Esta dinastía de burgueses enriquecidos debió caer por sus resistencias al sufragio universal y al advenimiento de la democracia moderna. Concluida, pues, la idea representada por el conde de París, antes que el conde de París mismo. Descubramonos al ver pasar los despojos de un buen padre de familia, y su familia misma; pero digamos que la idea representada por ellos ha transpuesto el horizonte, y no queda en Francia nada de pie más que la democracia, la libertad y la república.

Madrid, 2 de septiembre de 1894.



LA ROGATIVA, cuadro de Vicente Borrás Abella
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



SOR SANCHA Y SUS COMPAÑERAS DE CARIDAD, cuadro de Francisco Torrecasana
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



LA VENGANZA DE UN GORRIÓN

CUENTO JAPONÉS

En tiempo muy remoto, allá en los días felices en que los animales hablaban, como dicen las viejas en sus cuentos, vivía en cierto pueblo del Japón, cuyo nombre no es necesario citar, una vieja muy redomada, que se había dado á conocer siempre por su perversidad y sus malos instintos.

Cierto día disponíase á planchar su ropa, y al efecto echó almidón en una cubeta; pero mientras iba á buscar agua llegó un gorrión, y al ver aquellos granos blancos, y creyendo sin duda que era una nueva especie de cañamones, comenzó á comer á toda prisa. Por desgracia suya, antes de que pudiese concluir, la vieja volvió, y poseída de cólera al ver aquello, cogió al goloso y le cortó la lengua, dejándole luego en libertad.

Ahora bien, aquel gorrión era el favorito de una vecina, que le había domesticado dándole diariamente miguitas de pan; la buena mujer pecaba de sensible, y al saber lo que había sucedido, experimentó tan profundo pesar, que no hubo medio de contentarla. Al fin se empeñó en saber dónde se había refugiado la víctima, rogó á su marido que la acompañase, y al día siguiente los dos se pusieron en camino para buscarla.

Debe advertirse que el gorrión, y va de cuento, era todo un personaje entre los de su especie y vivía en una casita muy mona, bastante lejos del sitio donde le habían mutilado por goloso; mas por apartada que estuviese, al fin dieron con ella la contristada vecina y su marido, que eran dos buenos viejos, aunque no sin andar mucho por montañas y llanuras.

Cuando el gorrión vio á sus amigos y supo que habían hecho tan fatigoso viaje para ir á verle, regocijóse en extremo, y agradecido á su bondad, quiso obsequiarlos en lo posible. Al efecto los condujo al comedor, é hizoles sentar á la mesa, que fué servida por los hijos y nietos del dueño de la casa. Cuando los visitantes hubieron reparado sus fuerzas, el gorrión entretuvo á sus amigos con una danza especial, y todo el día se pasó en varios recreos.

Llegada la noche, y cuando los dos huéspedes se disponían á retirarse, el gorrión mandó traer dos cestas, é indicó á sus amigos por señas que podían tomar la más grande ó la más pequeña á su antojo.

«Dadnos la más ligera, contestaron los huéspedes, pues así será más fácil de llevar.»

El marido se la cargó al hombro, y los dos emprendieron el viaje de regreso alegres y agradecidos.

Cuando estuvieron en su casa, deseosos de saber qué contenía la cesta abrierónla, y ¡cuál no sería su asombro al ver que estaba llena de oro, plata, piedras preciosas y rollos de seda! Jamás hubieran esperado semejantes riquezas, y cuantas más sacaban, más quedaban; la caja parecía inagotable, y de este modo llegaron á ser ricos y felices, si es que esto último se puede alcanzar con el oro.

Cuando la vieja mala supo esto, experimentó tal envidia, que hasta le era imposible dormir, y quiso tener los mismos tesoros. En su consecuencia, fué á buscar á su vecina para preguntarle dónde vivía el gorrión y qué camino debía tomar. Apenas se le dijo, emprendió la marcha.

Cuando el pájaro vio á la vieja acercarse, mandó traer dos cestas parecidas

EL JAIQUE

Yo no sé á punto fijo qué año era, pero sé que estábamos en pleno romanticismo; romanticismo que se reflejaba en todo: en la literatura, en las artes, en las costumbres y en las modas, por más que en éstas fuese un romanticismo contrahecho. *Han de Islandia, Nuestra Señora de París y Las Orientales*, de Víctor Hugo, recientemente dadas á luz, juntamente con las caballerescas novelas de Wálter Scot trastornaban todas las cabezas. No se hablaba más que de paladines, damas errantes, sayones, castillos, torneos, halcones y gerifaltes. Pero á esta literatura movida y brillante se mezclaba una levadura de tristeza y aun desesperación á lo Renato y Corina; así era que los amantes de entonces (y todos lo éramos), en vez de procurar el logro de nuestra pasión removiendo obstáculos y luchando con los de la Edad media, nos entregábamos á una concentración sombría. No se concebía entonces el amor feliz, sino el contrariado y no correspondido.

El romanticismo repercutía hasta en los relojes de sobremesa y en los cuadros. Las figuras de bronce que adornaban los relojes representaban guerreros blandiendo la maza de armas, ó bien damas á caballo *descapirotando* á su halcón. Los versos eran terribles: elegías feroces, ó inacabables descripciones de antiguas ciudades ó catedrales góticas.

Todo esto podía pasar, aun con algunos contrasentidos; pero lo inconcebible eran las modas de aquella época. Entonces, para designar á los elegantes de ambos sexos, no se les llamaba ni se llamaban ellos *petimetres*, *currutacos*, *lechuguinos*, *lions*, *dandys*, sino románticos.

¡Románticos! ¡Válgame Dios!

En las modas de hombres había algún dejo de Edad

media. Todos llevábamos melena como los reyes merovingios; las levitas, abotonadas hasta el cuello y sobresaliendo una enorme corbata, podían, forzando la imaginación, hacer el efecto de una cota y de una gola de guerra, y el pantalón de botín, casi siempre de color ceniciento, recordaba, aunque vagamente, la malla que los guerreros usaban debajo del arnés. Pero á las mujeres, como románticas, no había por donde cogerlas. Con su alto peinado, sus mangas estrechas, y su falda moratiniana ceñida, parecíanse tanto á una señora feudal como una bolera á un arzobispo.

Mas en materia de romanticismo, el traje era lo secundario, y lo principal era el aspecto. El aspecto debía ser triste, sombrío, patibulario: algo así como el Vampiro de Byron. ¡Qué berrinches pasaban entonces los que eran natural-



en un todo á las otras, y después de escuchar la petición de su visitante, á la que al parecer no guardaba rencor, dióle á elegir la que quisiese de aquéllas.

La mujer, que era tan avariciosa como perversa, escogió la cesta más grande, y volvió á su casa muy contenta y muy cargada, pues aquello era más pesado que la piedra.

Una vez en su habitación, abrió la cesta ansiosamente; mas en vez de encontrar oro, vio salir del interior varios diablillos, que arrojándose sobre ella, hiciéronla pedazos.

(Este cuento y los grabados de esta y la siguiente página que lo ilustran están tomados de una colección de cuentos populares del Japón, publicada en Tokio, en francés y en inglés, para la enseñanza de estos dos idiomas en las escuelas.)





mente robustos, colorados y tenían los ojos vivos y brillantes! Sobre todo, esto último, porque desgraciadamente los ojos no pueden desfigurarse. No se concebía un rostro sin ojeras, y la palidez era la primera distinción.

«Ser pálido ó la muerte! he aquí la divisa de los románticos.

Por entonces y poco antes de fallecer Juan Martínez Villergas escribía:

«Amé á una niña romántica
Que pretender no debí;
Pues hasta el amor quería
De Londres ó de París.
Bebía el vinagre á cántaros
Y en su estómago infeliz
Tenía siempre más yeso
Que chaqueta de albañil.»

En efecto, entonces bebíase el vinagre, no á cántaros, sino á tinajas, y todos nos desayunábamos con tan agradable líquido.

Porque como entonces el amor tenía que ser contrariado, no se concebía á un amante lucio y coloradote.

II

Juan Girasol, simpático joven de diez y ocho años de edad, hijo de la viuda de un brigadier, era el más romántico de todos. No había querido seguir la carrera de su padre, ó mejor dicho, no le gustaba más carrera que la de San Jerónimo. Sin embargo, hacía como que estudiaba lógica y matemáticas. ¡Figúrense ustedes qué progresos haría en sus estudios un joven romántico que recordaba siempre la frase terrible de Han de Islandia: «quiero beber el agua de los mares y la sangre de los hombres en el cráneo de mi padre,» ó que se embelesaba con el vestido blanco y el cinturón azul de la Elodia del vizconde d'Arlicourt!

Juan Girasol iba *pro formula* á la universidad, pues faltábale tiempo para esperar el logro de sus ideales. Eran éstos el amor de

«Una forma celeste, angélica,
Rubio el cabello, blanco el color,
Labios carmíneos, la frente pálida,
Triste sonrisa de oculto amor.»

Pero la palidez de la frente debía extenderse á todo el semblante. Juan no hallaba ninguna mujer suficientemente pálida. No transigía con el más pequeño asomo de color; si le hubieran ofrecido una princesa de Asturias, ligeramente sonrosada, hubiera rechazado su mano. Así es que el pobre muchacho andaba maltrecho y triste sufriendo la vaga melancolía

del amor sin objeto. ¡Qué había de ocuparse él del rudo latín de los aforismos de la lógica ni de los bárbaros terminachos paralelepípedos!

Pero un día me le encontré en la calle Mayor, pálido, ojeroso como siempre, aunque agitado. Apretéme febrilmente la mano y me dijo con acento indefinible:

- ¡La encontré!
- ¿Dónde?, pregunté yo, que sabía lo que quería decir aquello.
- En el Retiro.
- ¿Cuándo?
- Ayer.
- ¿Pálida?
- Vas á verla ahora mismo.

Me hizo bajar la calle Mayor, torcimos el pretil, y nos paramos junto á la esquina de la calle del Sacramento.



- Asómate tú con disimulo, me dijo Juan; no quiero que me vean.
- Me asomé á la calle del Sacramento.
- ¿Hay gente en el balcón del piso principal de la casa número...?
- Sí, hay cuatro seres.
- ¿Cómo seres?
- Sí, porque hay tres muchachas y un loro.
- ¿Tiene una vestido blanco y cinturón azul, como la Virgen de Underlac?
- Sí.
- Pues ésa es.

Juan Girasol había encontrado en el Retiro el ideal de sus sueños, bajo la realidad de una joven habanera de diez y ocho años, hija de una señora viuda que poseía dos ingenios y hermana de una pollita de trece años de edad. Aquella familia americana tenía el indispensable loro y una criada negra y niña. Razón tuvo Juan de volverse loco por Mercedes (así se llamaba la cubanita), pues ésta era más que pálida: era lívida con golpes de sinoples, como se diría en el blasón, y porque además era romántica por todo lo alto, como lo demostraban su blanco vestido y su azul cinturón. Pero los amores del muchacho se estacionaron, por más que siempre pensaba en ellos y se pasaba todos los días y parte de las noches asomándose á las esquinas de la calle del Sacramento. Porque Juan era excesivamente tímido y raras veces se atrevía á pasar por la calle. Cuando esto acontecía sufría mareos, se ponía colorado, ¡horror!, y se le trababan las piernas al sentirse mirado por las dos americanitas y la cria-

da negra, que casi siempre estaban al balcón. Y así pasaban los días sin que el encogido amante saliera de su cuidado, puesto que no sabía cómo escribir á su ídolo, y sólo la veía desde muy lejos. Afortunadamente la señora americana era muy corta de vista; si no, pronto hubiera reparado en aquel palomino atontado, que las seguía á todas partes.

Aquel amor que coincidió con la primavera puso á Juan calenturiento. ¡Qué tal estaría que se decidiera á hacer algo!

He aquí lo que hizo.

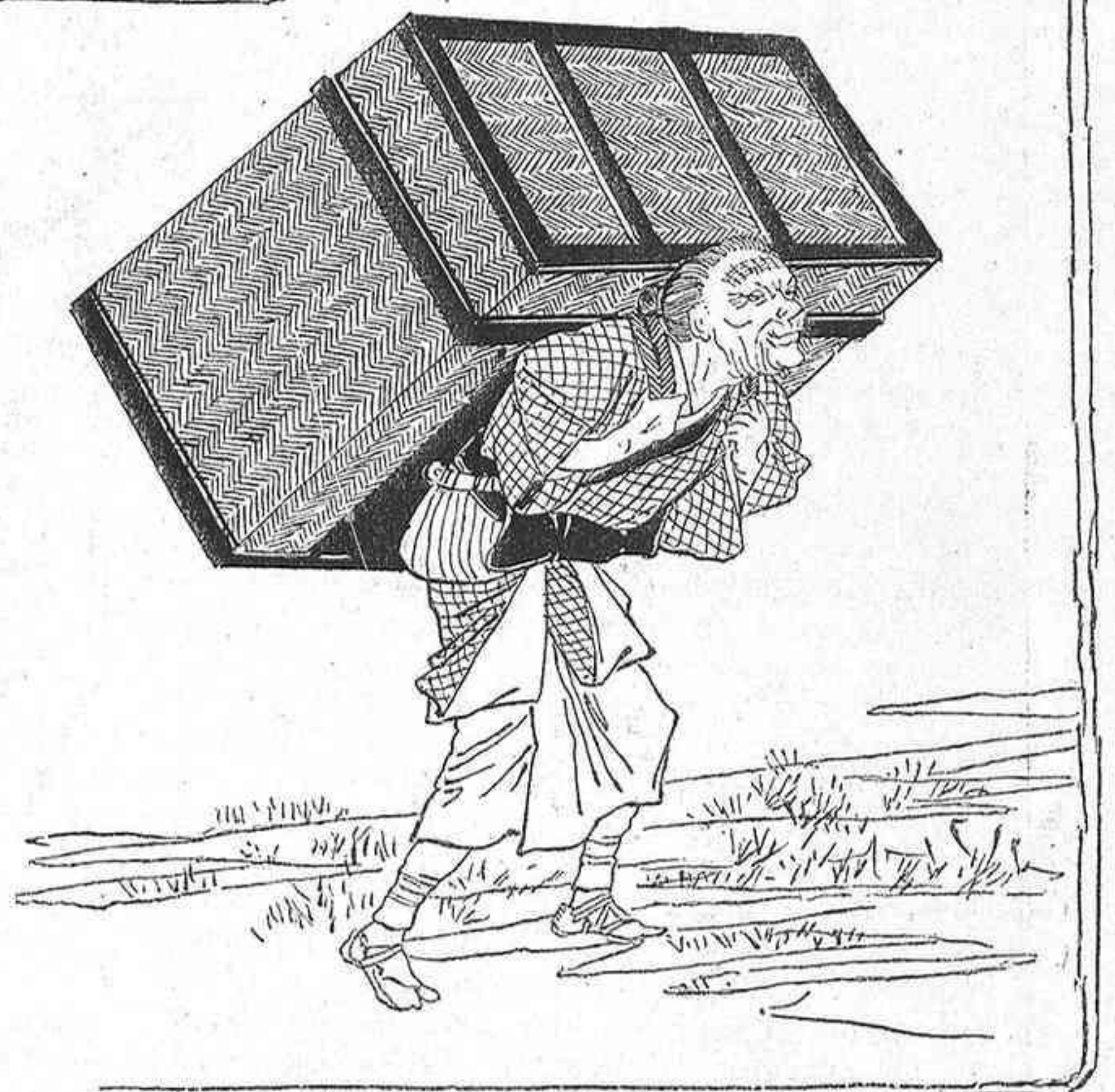
III

Escribió una carta, largamente meditada, que decía así:

«Señorita: mi apellido es un contrasentido. El girasol se vuelve siempre hacia el astro del día y se extiende tanto, que si no le exterminasen cubriría la tierra. Usted no es como el sol, sino como otra cosa más poética y más bella: la luna; y yo, como la mandrágora que la sacerdotisa gala segaba con su hoz de oro, me vuelvo constantemente hacia usted. Aunque el amor goza en lo que padece, yo ya no puedo sufrir más. Como la planta que me da apellido, necesito expansión: deseo saber si puedo abrigar la esperanza de besarla los pies, ó si nunca seré digno de que usted fije en mí su celeste mirada. De todos modos, seré más feliz que ahora: correspondido, viviré en un cielo: desdeñado, el sepulcro me dará la paz de los que mueren de amor. Fíjese bien en estas líneas y déme su contestación. Mi destino depende de usted, ó más bien el destino de ambos, pues es imposible que viva sin remordimientos todo el que es causa de la extinción de un cuerpo y tal vez de la perdición de un alma. - JUAN GIRASOL.»

El romántico muchacho escribió esta estupenda carta en papel de color de lila, y la colocó encima de una almohadilla de olor á violeta para que trascendiese á este perfume.

Después de hecho esto, trató de procurarse dinero, de que andaba no muy sobrado. Vendió libros, como hacen todos los muchachos, no de texto, lo cual poco hubiese importado, sino otros más trascendentales. ¡Qué tal estaría Juan cuando vendió á *La Virgen de Underlac*, á *Esmeralda* y al *Solitario del Monte Salvaie!*



El día 23 de Junio, víspera de San Juan, día memorable por varios conceptos, un poco antes de anoecer, Juan, provisto de su amorosa carta y de un flamante duro isabelino, situóse en la calle del Córdón, esquina á la del Sacramento. Y se situó allí porque, espía amoroso de la familia americana, sabía que por allí había de pasar la criadita negra, que todas las tardes iba por leche á una vaquería que había

y todavía hay en la primera de las susodichas calles. Durante su espera, palpitaba violentamente el corazón del tímido enamorado, pues hasta con la criada era tímido. Pero no tuvo que aguardar mucho: pronto, asomado á la esquina, distinguió el encarnado pañuelo de la negrita, rodeado á la cabeza á guisa de criolla, y el blanco delantal. Torció la muchacha la esquina con su jarra en la mano, paróla Juan y le dijo balbuceando:

- Buenas tardes, morenita.
- Buenas tardes, *señó*, contestó ella, que le conocía de sobra.
- Vas á hacerme un favor.
- ¿Un *favó*... yo?
- Sí. En primer lugar, ten este duro para que compres rosquillas, si vas esta noche á la verbena.
- No, *señó*, no; de ninguna manera.
- Vaya, no seas tonta, esto no vale nada, repuso Juan dejando caer la moneda en uno de los bolsillos del delantal de la negrita.
- Pero *señó*...
- Oye, interrumpió aquél, en el favor que te pido me va la vida, ¡y es tan sencillo!..

- Pero...
- Se trata de que des esta carta á la señorita Mercedes.
- ¡Una carta! ¡*Jesú* Dios mío, si lo supiera ama *mayó*!..

- ¿Y quién ha de decírselo? Tu señorita no, yo tampoco, conque así...
Y al decir estas palabras, Juan metió la misiva en el otro bolsillo del delantal de la negra. Siguió ésta hacia la vaquería, y el enamorado joven, emocionado por el esfuerzo supremo que tuvo que hacer, se apoyó en la pared de la casa del conde de Revillagigedo.

Al volver á la suya le esperaba otra emoción.

IV

Por aquel tiempo empezaba á usarse el jaique. Era éste la prenda de vestir más rara, más antiestética y más incómoda que ha inventado la moda.

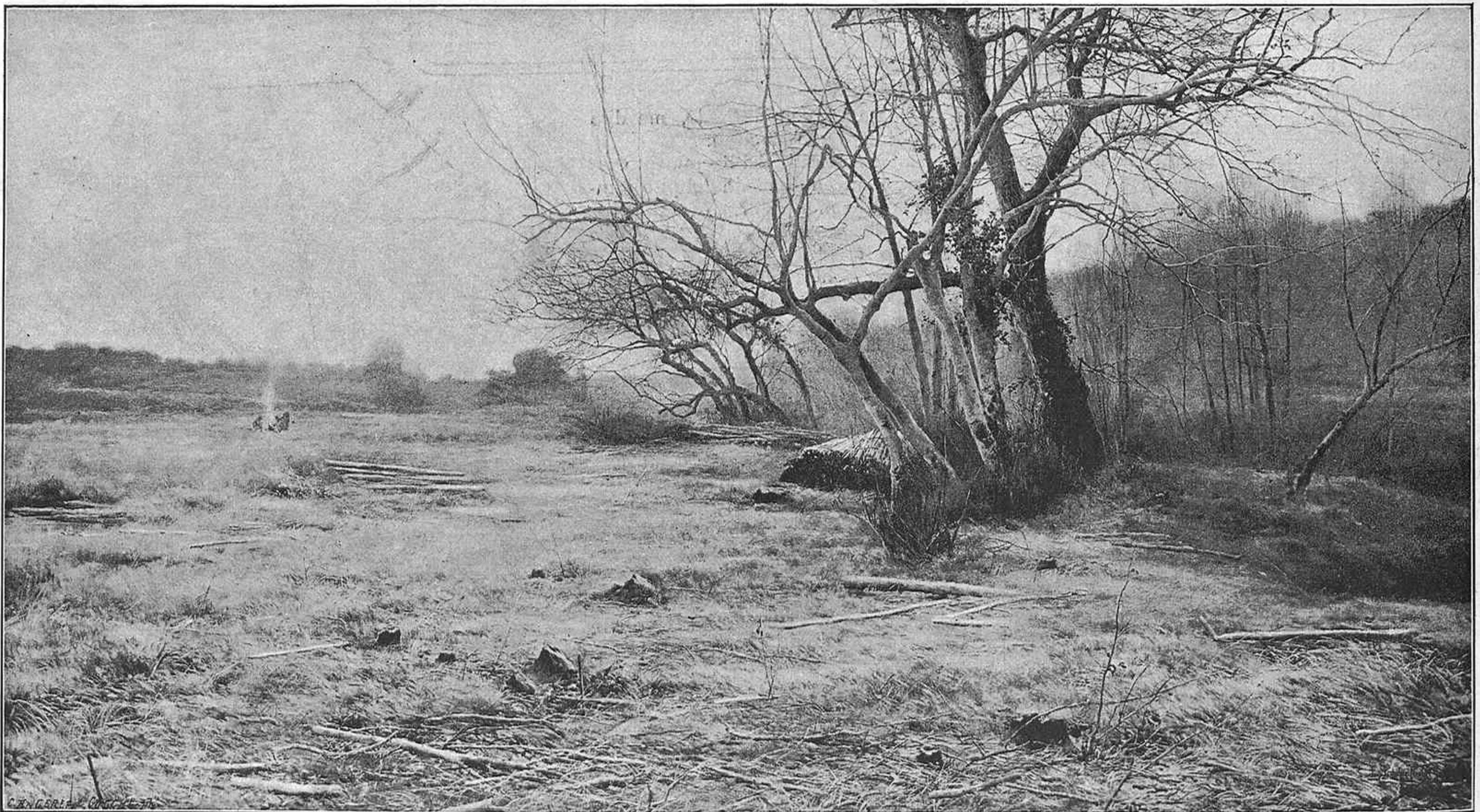
Figúrese el lector una especie de gabán ancho, hopalanda, anguarina ó como quiera llamarse, con las mangas muy amplias, de mucho vuelo y bastante

largo, hecho de tela de lana ó cúbica, de colores chillones y forrado de seda más chillona todavía. Los románticos, envueltos en aquella flotante veste, pare-

no salió de su casa, y el enamorado mancebo tuvo que resignarse á ver desde lejos á *la criatura bella blanco vestita*.



Jardinera, cuadro de Gabriel Schachinger
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



AL AMANECER, cuadro de Emilio Sánchez Perrier
(Salón del Campo de Marte de 1894)

Juan se acostó, pero no pudo dormir, y eso que despreciaba á los ó las chinches. Sus amorosos pensamientos teníanle desvelado como el arriero de la venta encantada de *Don Quijote*. Determinó aturdirse con el movimiento, y aprovechando el sueño de su madre, se fué á la verbena de San Juan. Vagó por la plaza Mayor y por el Prado, entre aquella multitud de gente; pues entonces la había en las verbenas, que no eran como ahora semillero de pulmonías, porque, según dice un político, el sistema parlamentario, reconcentrando el calor en las Cámaras, enfría al país.

Volvió Juan rendido á su casa antes de que se levantara su madre, y como le continuase el insomnio, entretuvo el tiempo rebuscando frases en su imaginación, para el caso de que pudiera hablar á su adorado tormento. Se desayunó, como siempre, con vinagre: precaución inútil, puesto que con la noche en blanco y el jaleo de la verbena, estaba ya demasiado pálido y ojeroso. Tenía hasta *nariceras*, que son esos surcos que van desde la nariz á la boca ó viceversa. Estaba archirro-mántico. A las ocho de la mañana salió de su casa, primorosamente vestido con el flamante jaique, una corbata nueva azul con pintas blancas y llevando en la mano un bastón de roten con puño de hueso de antilope. Pasó por la plaza Mayor, compró un clavel y se le puso en un ojal del jaique, por si hallaba ocasión de ofrecérsele á la lívida americana. Compró también en un estanco un cigarro de dos reales, suponiendo que el tabaco le daría desparpajo y atrevimiento; pero no le encendió hasta entrar en campaña. A las nueve paseaba por la plazuela del Cordón. Notaba que los transeúntes se fijaban en él y dedujo que su jaique daba golpe. A las nueve y media se situó en la propia esquina en que la tarde anterior había entregado su carta á la negrita, y desde entonces estuvo en acecho, puesto que sabía que la familia americana, los días de misa de precepto, oía la mayor, que se celebraba en las monjas del Sacramento.

V

Eran las diez menos cuarto: se aproximaba la hora, Juan acechaba, los balcones de su amada estaban desiertos, y el impaciente joven sólo oía la charla del loro que estaba, como siempre, en un balcón. ¡Dichoso loro! ¡Cuántas veces acariciaría su cabeza parlante la pálida mano de la joven ultramarina! Juan estaba impaciente, conmovido, pero animoso. La combinación del jaique y del cigarro, que acababa de encender, dábale alientos. Recordaba la frase de Shady, el poeta persa, que dice: *ninguna mujer puede resistirse á una pasión verdaderamente sentida*. Se embelesaba pensando en sus futuras entrevistas amorosas cuando la habanera le dijera con su suave acento americano: «¡Chinito, cuánto te quiero!» en fin, el pobre Juan experimentaba todos los *abulelamientos* de los verdaderos amantes. Iban á ser las diez, y la familia de Ultramar, contra su costumbre, aún no había salido, los balcones continuaban desiertos. ¿Habráse aquélla ausentado de Madrid? Esto no era posible: él á las diez de la noche anterior había oído las risotadas de la negrita. Además, ¿no estaba allí el loro para tranquilizarle?

El impaciente joven chupaba su cigarro con encarnizamiento y sentía mareos. Daba con el bastón volapiés á la casa de Revillagigedo, y tenía, como vulgarmente se dice, hormiguillo. Por fin, salió del portal de las americanas un bulto, quiero decir una señora: era *ama mayó*, según decía la negrita. Pero ¿cómo ella sola, cuando siempre iba á misa con sus hijas? Este incidente desconcertó á Juan. La vió entrar en la iglesia del Sacramento, y el pobre mozo no sabía qué pensar ni qué hacer. En aquel momento el loro redobló sus gritos, y ¡oh instante feliz! Las dos cubanitas, con la negra por añadidura, aparecieron en el balcón.

Juan se tambaleó.

Las tres muchachas miraban hacia todas partes, esperando quizá el ver al amante rondador presentarse en alguna esquina, según tenía por costumbre.

En efecto, Juan se asomó y quedóse inmóvil como un espectro. En aquel momento perdió el ánimo que hasta entonces habíale alentado. Le sucedió lo que á algún reo de muerte: en la capilla está resuelto; aun cuando para llegar al patíbulo tenga que recorrer un largo trayecto, pide ir á pie, como yo vi uno en Sevilla, muy jaque, con el cigarro en la boca, saludando á todo el mundo; pero al divisar el fatal monumento de su suplicio, cayó al suelo sin sentido. Aunque la comparación sea un poco fuerte, una cosa

¡Subir á la casa! Y sin embargo, era lo más natural: no había ella de hablarle ó echarle carta desde las alturas, estando la calle, como día festivo (entonces lo era el de San Juan), tan transitada. Además, la moda de aquella época era que los amantes hablasen por la rejilla. El enamorado mancebo se hizo estos cargos. Miró al portal de la casa, la portera brillaba por su ausencia, lo cual dióle ánimos. Entró, subió la escalera tambaleándose, pero casi de puntillas, y llegó al piso principal. La puerta estaba cerrada. Juan esperó inmóvil y jadeante. Poco después sintió un ligero ruido, luego se entreabrió la puerta al propio tiempo que todos los poros de Juan, luego apareció una cabeza, pero no la de suaves cabellos de la pálida americanita, sino una cabeza encarnada y una cara de carbonero, y luego el desvanecido amante oyó una voz que dijo:

— Ha dicho mi señorita que se corte usted el jaique.

Y la puerta volvió á cerrarse.

¡Horror!

Juan quedóse petrificado; pero sintiendo mareos, volvió en sí. Bajó inconscientemente al primer tramo de la escalera, y allí el cigarro ó la emoción hicieron su efecto. Pasóle al pobre muchacho lo que á D. Quijote después de tomar el bálsamo de Fierabrás, y... puso perdido el jaique...

Juan vive todavía; pero hasta muchos años después de esta aventura, cuando las canas invadieron su cabeza y fué olvidando sus devaneos juveniles, no volvió á pasar por la calle del Sacramento.

F. MORENO GODINO

NUESTROS GRABADOS

Consuelos de la amistad, cuadro de A. Marck. — Aunque el sentimiento de la familia es el más intenso en el ser humano, hay ciertas penas para las cuales el corazón busca consuelo más que en aquélla en la amistad: las confidencias en materias amorosas, por ejemplo, antes que á la madre ó al padre hácese por lo general á la amiga ó al amigo, y por la misma razón éstos más que aquéllos son los que comparten los desengaños, los dolores de que el amor es causa. Inspirándose en este hecho, el notable pintor alemán Marck nos ofrece en su hermoso cuadro el grupo delicadamente sentido de esas dos amigas, una de las cuales, á juzgar por la carta que entre sus dedos estruja y por la expresión de su cara, acaba de sufrir una decepción terrible que mata en flor sus más dulces ilusiones, al paso que la otra, estrechándola entre sus brazos, más que con sus palabras con sus caricias procura consolarla y confortarla en sus pesares.

La rogativa, cuadro de Vicente Borrás Abella (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Cuando las calamidades en forma de peste ó sequía azotan ó aniquilan un pueblo, cuando la angustia embarga por completo el ánimo, el sencillo campesino dirige sus ojos al cielo, el creyente formula un ruego y todos invocan al Todopoderoso, impetrando misericordia y consuelo. Tal es el asunto en que se ha inspirado el discreto pintor valenciano Sr. Borrás Abella para producir el bonito cuadro *La rogativa*, uno de los mejor sentidos y más acertadamente observados de entre los que figuraban en la finida Exposición general de Bellas Artes de nuestra ciudad. El cuadro á que nos referimos es digna continuación de *En el coro* y *En los días del abuelito*, premiados en las Exposiciones nacionales de 1890 y 1892 respectivamente, y todos reunidos son galana muestra de las cualidades y aptitudes que para el cultivo del arte posee el joven pintor valenciano.

Sor Sancha y sus compañeras de caridad, cuadro de Francisco Torrescasana (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Amante del país que le vió nacer y entusiasta cultivador del arte, ha procurado siempre el Sr. Torrescasana anar estos sentimientos, que constituyen la nota distintiva de sus producciones. Tal puede observarse en la reproducción del cuadro que publicamos, inspirado en un asunto de carácter histórico y sabor completamente local. Laudable ha sido el propósito de nuestro amigo, puesto que al pintar su cuadro ha puesto de manifiesto las virtudes de una santa mujer, que no por haber dado muestras de su abnegación y caridad hace cinco siglos, debiera haberse dejado de venerar su recuerdo cual de una de las preclaras hijas de nuestra ciudad. Sor Sancha dedicóse durante muchos años á dar cristiana sepultura á los cuerpos de los desgraciados que pendientes de las horcas servían de pasto á los grajos, caritativamente secundada por sus compañeras de religión.

Plácemes merece el Sr. Torrescasana por haber logrado interpretar tan discretamente un asunto harto difícil y mayores se los tributamos por la distinción de que ha sido objeto, ya que como tal debe considerarse la adquisición del cuadro por la Diputación provincial de Barcelona.



Viam veritatis elegi, cuadro de Ricardo Brugada (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

parecida sucedióle á Juan: la americanita juntamente con su timidez eran sus tormentos. Sin embargo, era preciso hacer algo; pues para algo había escrito él su famosa carta del muérdago, sin acento, y sacrificado un duro isabelino. Pero ¿cómo transponer aquella esquina que era el segundo cabo de los tormentos? Además, aquellos seis ojillos vivarachos que le acechaban, le desvanecían por completo. ¡Si al menos ella hubiera estado sola al balcón! ¡Oh prodigio de la casualidad ó precoz intuición americana! La hermana menor y la negrita se retiraron del balcón, y la adorada de Juan, con su eterno vestido blanco y cinturón azul, quedóse sola.

¿Aquello era providencial ó hecho ex profeso?

El joven se decidió. Tiró la ceniza de su cigarro, despechugóse el jaique para enseñar la blanca camisa bordada de menudos corazones, puso el bastón verticalmente, escondiendo el puño en el ancho bolsillo de la hopalanda oriental y entróse resueltamente por la calle del Sacramento. La americanita continuaba al balcón y le miraba. Juan sentía vértigos y además el faldón del maldito jaique se le enredaba entre las piernas. Cruzó al cabo aquella vía dulcemente dolorosa, llegó frente al balcón, y con atortolados ojos miró á su amada, la cual hízole una seña como de que subiera á la casa, retirándose ella del balcón.



BANQUETE DE LOS OFICIALES DE LOS ARQUEROS DE SAN ADRIANO, CUADRO DE FRANCISCO HALS, EXISTENTE EN EL MUSEO DE HAARLEM



LA VIRGEN DE LA SOLEDAD, escultura de R. Atché
(Exposición general de Bellas Artes, Barcelona, 1894)

Jardinera, cuadro de Gabriel Schachinger (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Aventajado discípulo de Piloty, el distinguido pintor bávaro Sr. Schachinger es una de las más respetadas personalidades artísticas de Alemania. Su vida ha sido hasta el presente una serie continuada de triunfos, que comenzaron en la Real Academia de Munich y se han sucedido en las exposiciones y concursos en que ha tomado parte.

Numerosas y variadas son sus producciones, habiéndose distinguido especialmente en el retrato, género que ha sabido tratar con verdadera maestría, á la que debe en primer término su envidiable reputación. La galería de Schleissheim y el Palacio Real de Berlín guardan respectivamente dos obras importantísimas del Sr. Schachinger, cuales son los retratos de los infortunados Luis II de Baviera y del emperador Federico de Prusia.

El bello cuadro que damos á conocer á nuestros lectores, que resulta un acabado estudio, sirve para reconocer cumplidamente las cualidades que atesora este merísimo artista.

Al amanecer, cuadro de Emilio Sánchez Perier (Salón del Campo de Marte de 1894). - Tan artista como pintor, hállanse armonizadas en Sánchez Perier las aspiraciones del que como él siente el arte, con la habilidad del que sabe interpretarle, porque en todos sus lienzos, en sus más sencillas notas de color, adivinase siempre el esfuerzo de su inteligencia. Poetiza el arte, y de ahí que en todos los bellísimos paisajes se lea siempre una sentida estrofa. Inspírase en los grandes contrastes y bellezas que la naturaleza ofrece, copiándola en sus encontrados aspectos. Busca en ella el manantial de su inspiración, presentándola de manera que en sus combinaciones de luz, sus celajes y vegetación, se adivinan los sentimientos que embargan el corazón del artista, que, auxiliado por el arte, tributa un sentido recuerdo, llora ó canta, evoca escenas y lugares que conserva latentes en su imaginación.

Recientemente dimos á conocer á nuestros lectores otro bellísimo paisaje de este distinguido pintor sevillano. Aquél y el á que hoy nos referimos honran á su autor, á quien con justicia se le considera como uno de los primeros paisistas españoles.

Viam veritatis elegi, cuadro de Ricardo Brugada (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Si el misticismo ha aportado en otros siglos al arte español magistrales obras, no debe sorprender que en esta época haya artistas que busquen en las representaciones religiosas la fuente ó manantial de su inspiración y el medio de poner de manifiesto sus aptitudes y cualidades.

La bella imagen ejecutada por el Sr. Brugada participa del misterioso encanto que en sí debe tener cuanto tienda á evocar divinos conceptos y del carácter distintivo de la pintura contemporánea. Aun en la realidad de la figura, obsérvase ese algo que sublima, pureza, bondad, amor.

El cuadro del pintor Sr. Brugada es una producción recomendable, así por el carácter que ha sabido darle como por los pormenores y el fondo sobre el que armónicamente se destaca la figura.

Banquete de los oficiales de los arqueros de San Adriano, cuadro de Francisco Hals. - No

hemos de repetir lo que en otras ocasiones hemos dicho del célebre pintor flamenco Francisco Hals, á quien se considera actualmente como el primer maestro de la escuela holandesa y que por el gran número de sus ilustres discípulos ha ejercido gran influencia en el desenvolvimiento histórico de la misma. Sus obras son hoy en día muy estimadas y alcanzan elevadísimos precios, figurando las más de ellas en los primeros museos del mundo. La que en el presente número reproducimos, pintada en 1627, justifica por sus excelencias el renombre de su ilustre autor y es una de las mejores joyas que posee el museo de Haarlem.

La Virgen de la Soledad, escultura de Rafael Atché (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - *La virgen de la Soledad* debe considerarse como una de las más sentidas é inspiradas producciones del distinguido escultor D. Rafael Atché. Dentro de justos límites ha logrado dar vida y sentimiento á la obra, que sin perder su carácter religioso y conteniendo ese delicado misticismo que tanto admiramos en las producciones de los grandes maestros, constituye una gallarda manifestación del arte escultórico contemporáneo.

La piadosa actitud de la virgen, la angustiosa expresión de su semblante, los bien dispuestos pliegues del ropaje y los pormenores todos contribuyen á dar á la obra la majestad y belleza que deben tener esta clase de producciones, en las que el creyente ha de adivinar un conjunto de esperanzas y consuelos, sentimientos y afectos.

No en balde goza Rafael Atché de justa reputación en el mundo artístico. Sus repetidos triunfos y sus innumerables cuanto variadas obras danle derecho á que su nombre figure dignamente en el número de los artistas que honran el arte español.



NIÑO RIENDO, busto en bronce de Félix Pardo de Tavera
(Exposición general de Bellas Artes, Barcelona, 1894)

Niño riendo, busto en bronce de Félix Pardo de Tavera (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Modelada con elegante exactitud y bella en su realismo aparece la picaresca cabecita que reproducimos, obra del Sr. Pardo de Tavera. Nimio podrá ser el asunto, pero en él hállase impresa la genialidad de este distinguido escultor español, nacido para cultivar con provecho el gran arte.

Aparte de los estudios que modela y á los que da agradable y simpática forma, cual el que reproducimos, produce obras de mayores alientos que, cual *Pensativa*, logran merecer honrosa calificación y los honores de ser designada para figurar en el Museo Municipal de Bellas Artes de nuestra ciudad.

El primer rencoroso, estatua de José Pagés Horta (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Ventajosamente conocido este joven escultor por sus discretas producciones y recomendable laboriosidad, nos complacemos en reproducir la bonita estatua que exhibió en la finida Exposición de Bellas Artes de nuestra ciudad, en la que obtuvo la doble recompensa del premio otorgado por el Jurado calificador y la adquisición por el Ayuntamiento para figurar en el Museo Municipal.

El *primer rencoroso*, representación del fratricida Caín, resulta un bello estudio, inteligentemente modelado y bien sentido, que revela los alientos del escultor y sus estimables cualidades artísticas.

Parada y fonda, cuadro de Mariano Oliver Aznar (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - El Sr. Oliver Aznar, aunque joven, no es un artista novel: hace ya algunos años que sus cuadros son aceptados por los inteligentes y aficionados y su nombre lleva consigo el concepto de un discreto artista. Considerable es el número de los cuadros que ha producido, notándose en ellos el resultado de sus observaciones y la fiel reproducción de la naturaleza, embe-

llecida siempre con la grandiosidad de sus severas formas ó la multiplicidad de sus tonos. La que reproducimos, sin que pueda considerársela como la mejor de sus obras, revela las cualidades que posee su autor, que de un asunto quizás trivial ha sabido crear una bellísima producción, simpática y agradable, digna de figurar en elegantes salones.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - BERLIN. - El consejero Krupp, de Essen, ha regalado al emperador con destino á la Galería Nacional el hermoso cuadro de Pighlein, *Mortur in Deo*, que tanto llamó la atención en la exposición de Munich de 1879 y que se considera como una de las mejores creaciones del gran artista alemán cuya reciente muerte tanto sentimiento ha producido en el mundo del arte.

PARIS. - Se ha inaugurado recientemente el monumento erigido á la memoria del escultor Barye, obra del arquitecto Bernier, en cuya construcción se han gastado 85.000 francos. La particularidad de este monumento es que en él están reproducidas las principales obras de aquel artista, como el grupo de *Teseo luchando con el centauro*, que lo corona; el de la *leona devorando una serpiente*, que destaca sobre la cara principal, y las alegorías de la *Fuerza* y del *Orden* que se ven en los postamentos laterales. En el zócalo hay el retrato en relieve de Barye esculpido por Marqueste.

- Se ha concedido la cruz de la Legión de Honor á la ilustre pintora francesa Virginia Demont Bretón, esposa del eminente pintor de este nombre; esta distinción es tanto más de estimar cuanto que esa condecoración muy prodigada á artistas varones no la tenían hasta ahora más que dos artistas femeninas, la pintora Rosa Bonheur y la actriz María Laurens, esta última no por su cualidad de actriz, sino como presidenta del Instituto de enseñanza para hijos pobres de artistas.

Teatros. - Madrid. - Ha comenzado la temporada de otoño con la apertura de Apolo, Romea y Eslava, que no han ofrecido todavía ninguna novedad al público: en el primero vuelven á contarse por llenos las representaciones de *El dilo de la Africana* y *La verbena de la Paloma*.

Barcelona. - Se ha estrenado en el Tivoli la zarzuela en tres actos *Miss Robinson*, arreglo del francés por D. Salvador M. Granés y música del maestro Varney. Ni la letra ni la música ofrecen nada de particular, en cambio la *mise en scene* es magnífica, produciendo hermoso efecto las decoraciones de Soler y Roviro y los trajes confeccionados según figurines de Labarta.

Necrología. - Han fallecido:

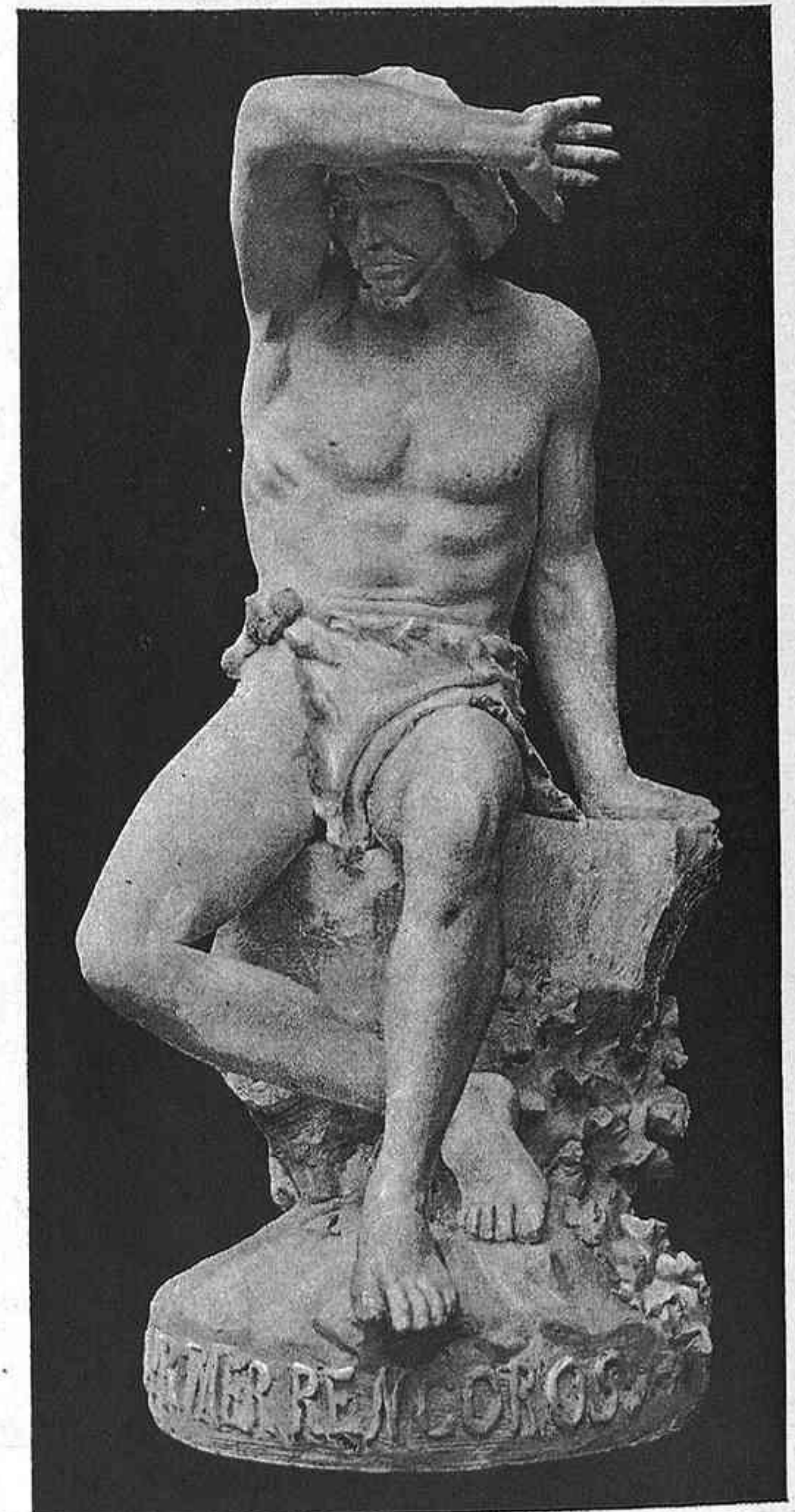
Alfredo Dumont, pintor suizo.

L. J. Fontana, de origen italiano, arquitecto de la corte imperial y del ministerio de Hacienda de San Petersburgo, autor de varios monumentos que adornan la capital de Rusia.

Remi van Haanen, notable pintor y grabador holandés de origen y residente en Viena.

Matías Vordermeyer, escultor alemán.

Juan Muzzioli, eminente pintor italiano, muy celebrado por sus cuadros de historia antigua alguno de los cuales, como *Los funerales del Británico*, una de sus mejores obras, hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.



EL PRIMER RENCOROSO, estatua de José Pagés Horta
(Exposición general de Bellas Artes, Barcelona, 1894)



Y le tendió la mano, que él besó

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS. — ILUSTRACIONES DE DANIEL URRABIETA VIERGE

(CONTINUACIÓN)

— Las galanterías, oportunas en un salón, están fuera de lugar en la calle, cuando se dirigen á una mujer como yo.

— ¡Ah! ¡Cuánto os embellece esta altivez!

— ¡Por Dios, caballero, hablemos con seriedad!

— No estoy haciendo otra cosa, señora. Muy seriamente os repito que os amo; muy seriamente lo dije.

La dama hizo un gesto de impaciencia.

Él añadió:

— Escuchadme. Sé mucho más de lo que pensáis. Sé que dais dinero á bandidos, y he visto, poco después, lo que estos bandidos ejecutan cumpliendo vuestras órdenes. ¿De qué se trata? Lo ignoro. ¿Perseguís una venganza ó reclamáis justicia? Lo ignoro también; pero os veo lanzada á tenebrosas aventuras, en las cuales corréis algún peligro. Para estar reducida á fijos de bribones, fuerza es, señora, que no tengáis ni un padre, ni un hermano, ni un amante que haga suyo vuestro agravio.

— ¡Ay de mí!

— ¡Pues bien, señora! Considerad que la Providencia ó el acaso ó el diablo — lo que vos queráis, — os ofrece esa afeción, esta adhesión que os faltan. Disponed de mí. Os pertenezco, puesto que os amo. Y para que no dudéis de mi sinceridad, ni de la fuerza de los sentimientos que me inspiráis, permitidme que me dé á conocer completamente: soy el duque Enrique de Maufert.

— ¡El duque de Maufert!, exclamó la dama con jubilosa sorpresa.

— ¿Conocíais mi nombre?

— Muy ignorante sería quien no conociese á una de las más antiguas y gloriosas familias de Francia.

— ¿Puedo esperar entonces que me otorgaréis mayor confianza que hasta aquí?

— ¡Ya lo creo!

Y le tendió la mano, que él besó.

— Ahora debería yo descubrir os á mi vez quién soy, añadió la dama. Algún día os lo diré, si, como creo, seguís siéndome tan fiel para adelante como solícito y obsequioso os habéis mostrado hasta ahora. Básteos saber que mi familia es una de las más antiguas de Venecia, y que soy la más desventurada mujer que existe.

— ¿Vos desventurada? ¡Ah, si pudiera endulzar vuestras penas! ¡Aunque sea á costa de mi vida, haré por ello cuanto sea preciso!

— ¡Gracias!, repuso la dama tristemente. Ningún auxilio podéis prestarme hoy.

— Profundamente lo siento.

— Ha llegado la hora de despedirnos.

— ¿Ya?

— Sí, amigo mío.

— ¿Quién os apremia? ¿No me habéis dicho que no teníais ni padre, ni hermano, ni amante?

— ¡Ay de mí!.. Pero tengo un marido.

— ¡Un marido!

Con verdadera rabia pronunció Maufert este vocablo. Tal era la vehemencia de su amor, que no admitía que otro hombre pudiese tener derecho alguno sobre la mujer adorada.

— ¡Vuestro marido!.., lo detesto. Será celoso, ¿verdad?

— Terriblemente y cruelmente.

— ¡Será él la causa de vuestras desdichas!

— No hablemos más de él, os lo suplico... y despedámonos.

— ¡Despedirnos! Jamás. Espero que hemos de vernos otra vez. ¡Decidme que tendré este placer!

— ¡A qué exponeros!

— Nada temo.

— En verdad, mayor prudencia sería el olvidarme.

— ¿Lo puedo acaso?.. Os lo suplico... Si no queréis que muera, ó que cometa las mayores extravagancias, decidme dónde podré hablaros otra vez.

— ¿Tanto os importa?

— Con pasión.

— Pues bien; pasado mañana, en el Puente Nuevo, como por la tarde.

— Gracias.

— Hasta luego.

— Pero ¿no levantaréis un poco la máscara para que pueda contemplar al fin vuestro rostro, aunque sea un instante?

— Sea.

Y se quitó el antifaz.

El duque quedó deslumbrado por tan rara y soberbia belleza.

No se engañó al presumir que la dama era una hermosura, pero la realidad superaba aún á lo imaginado.

Sus ojos eran inmensos, negros, brillantes y profundos.

Sin duda variaba á menudo su expresión; pero armados de severidad, habían de parecer terribles.

Por entonces, sólo cuidaban de agrandar, cargados de divinas promesas.

Las demás facciones eran igualmente bellas: el perfil, delicado y correcto; el color, pálido y mate; los labios, un poco delgados, dos rosas; encantadora la sonrisa, que descubría unos dientes de deslumbradora blancura.

— ¡Ah!.. ¡Cuán hermosa sois!

— Decididamente me marchó, dijo ella volviendo á ponerse el antifaz.

— ¡Una palabra..., una sola palabra! Decidme vuestro nombre para que pueda repetirlo en mis sueños.

— ¿Lo queréis?

— Os lo pido de hinojos.

Se había inclinado para cogerle la mano, que besaba febrilmente. Ella se inclinó á su vez y murmuró á su oído:

— ¡Lorenza!

Y escapó ligera, mientras la dueña se esforzaba en alcanzarla.

Maufert permanecía en el mismo sitio, deslumbrado, hechizado, dichoso. Mientras le fué posible, siguió con los ojos á la dama, cuya confianza se había conquistado; pero ésta desapareció bien pronto al volver de una esquina. Entonces el duque volvió sobre sus pasos, y encaminándose por la orilla del Sena regresó á su casa, trayendo en su corazón, como un tesoro, aquel nombre de Lorenza, que repetía constantemente y en el cual hallaba infinito encanto.

La dama, por su parte, una vez segura de que Maufert no la seguía, se dirigió rápidamente por una de las callejuelas del barrio de Malais, á un palacio frontero al de Lamoignon.

La dueña levantó el aldabón de cincelado bronce y llamó.

Inmediatamente se abrió la puerta, y las dos mujeres entraron en un espacioso patio de honor.

— ¿Ha vuelto mi marido?, preguntó la dama.

— No, señora, contestó el conserje.

Como aliviada de su opresión, suspiró Lorenza, deseosa de estar sola. Con un gesto despidió á la silenciosa doncella, subió á sus habitaciones, y encerróse en un cuarto, que era el preferido y adonde nadie tenía el derecho de entrar á distraerla.

La decoración y mueblaje de aquella pieza eran inusitados, y le daban un aspecto que participaba á la vez de oratorio y tocador. Espesos tapices y ricas pinturas; un canapé bajo con almohadones; algunos sillones muy anchos; un espejo de Venecia, adornado de finísimas perlas y sostenido por columnitas de ónix; una suntuosa papelería florentina con incrustaciones de marfil, y una araña de cristal de roca con bujías de cera, encendidas en aquel momento, denunciaban en su dueña hábitos de coquetería y elegancia, pero al propio tiempo sorprendía ver entre aquel aparato mundano algunos cuadros sombríos y siniestros. En uno de ellos figuraba un gran Cristo, atezado y sangriento, en la cruz: un ajusticiado en su martirio, tal como se complacieron en representarlo los pintores de la escuela española.

A los pies del Hijo de Dios moribundo, se veía un reclinatorio fijo, de talla. A la derecha é izquierda del Cristo, dos retratos: el uno representaba á un caballero, de altivo continente; el otro, una gran dama en traje de baile.

En la opuesta pared figuraban dos espantosos episodios.

El primero pasaba á las puertas del Louvre, donde un poderoso señor, dirigiéndose á palacio con su séquito de familiares, moría asesinado por un capitán de guardias.

El protagonista de esta historia, muerto en la cumbre de la grandeza y siendo mariscal y primer ministro, se parecía al caballero del retrato, frontero á la pintura descrita.

La otra escena representaba la plaza de Gréve. En esta plaza, una hoguera, y en la hoguera, que atizaba la mano del verdugo, el cadáver decapitado de una mujer. Y la cabeza de ésta, que rodaba por el suelo manchado de sangre, se

parecía á la gran dama con traje de baile, cuyo retrato colgaba junto al Cristo español.

A menudo contemplaba Lorenza aquellos sangrientos cuadros, y el fuego que ardía en su mirada, denunciaba la violencia de los pensamientos que la agitaban.

Esta vez, después de haberse quitado la mantilla, miró los retratos con semblante risueño.

— ¡Vengados seréis, oh idolatrados mártires!, dijo, dirigiéndose á ellos.

Los mártires que idolatraba Lorenza no eran otros que el mariscal d'Ancre y su esposa Leonor Caligai.

Conocida es la historia de aquel aventurero italiano, Concino-Concini, hijo de un notario de Florencia, que vino á Francia en 1600, cuando las bodas de María de Médicis con Enrique IV.

Leonor Caligai, doncella y favorita de la reina, puso toda su influencia al servicio de su marido, de modo que en breve tiempo vióse al italiano alcanzar con prodigiosa rapidez los más altos puestos. Por de pronto compró un título nobiliario: el marquesado d'Ancre. Poco después fué nombrado gobernador de Normandía, y sin haber desenvainado nunca la espada, obtuvo el título de mariscal de Francia.

La muerte del rey sólo sirvió para acrecentar su ambición.

Seguro con el apoyo de la reina madre, se hizo primer ministro del joven Luis XIII.

No hubo consejero más absoluto en sus voluntades, ni advenedizo más insolente en su grandeza.

Pareció que tomaba á pechos el cargo de humillar á los nobles y al rey mismo, su señor.

Con lo cual se enriquecían sus parciales y los de su mujer, y le imitaban en la insolencia.

Entre los familiares de la mariscal figuraba una prima suya, huérfana, llamada Francesca Galigai, venida de Italia á instancias de la misma Leonor, y á la cual el favor de ésta prometía un porvenir brillantísimo. Muchos eran ya los pretendientes de Francesca, que se hallaba en la flor de sus veinte años; pero el mariscal, ambicionando el mejor partido para la doncella, decía siempre: «Aguardemos.»

Entretanto la insolencia sin ejemplo del mariscal exasperaba á la nobleza de Francia, hasta que un día los odios acumulados por el privado del rey se coligaron contra él en la sombra. El marqués de Vallombreuse fué el alma de la conjuración.

Como buen conocedor del corazón humano, adivinó que el rey soportaba

con impaciencia el despotismo de su primer ministro y que aspiraba á gobernar solo. Hábilmente sondeó el ánimo de Luis XIII y le halló dispuesto en el sentido que presentía.

Desde entonces, aprovechando la ocasión que se le ofrecía, insistió sobre las faltas del privado y sus dilapidaciones, mostrando particularmente al desnudo la insolencia de aquel extranjero, que confiscaba en provecho propio la autoridad real.

El rey aprobaba cuanto el marqués decía, y cuando éste expuso que había en los actos de Concini todas las circunstancias de un crimen de alta traición, que merecía la pena de muerte, también el rey hizo un signo afirmativo.

Una hora después, la espada de un ambicioso de segunda fila, el capitán Vitry, hería mortalmente en el pecho al mariscal d'Ancre.

Tan prodigiosa fué la caída del mariscal y de los suyos, como extraordinaria había sido la elevación.

Todos los bienes del mariscal fueron confiscados.

Su esposa, á quien María de Médicis no osó defender — tanta era la efervescencia de los ánimos! — fué acusada de hechicería y condenada á ser decapitada y quemado su cadáver. Cuanto al hijo del mariscal, una solemne sentencia del Parlamento le declaró «villano é incapacitado para obtener ningún empleo en el reino.»

Cuando sobrevino tamaño desastre en 1617, Francesca Caligai contaba veinte años. En un instante vió desvanecidos sus sueños de riqueza y de ventura.

Asistió al largo martirio de la mariscal, al suplicio de la que fué su madre adoptiva, y guardó en su memoria, imborrable, el espantoso recuerdo.

De entonces, ya sólo vivió para odiar; la misma existencia miserable á que



¡Vengados seréis, oh idolatrados mártires!

se vió entregada, no era la más propia para apaciguar su rencor. La venta de algunas joyas salvadas del naufragio le permitió al principio vegetar penosamente algunos años, los cuales empleó en enterarse secretamente del proceso de los enemigos del mariscal, por donde vino á averiguar que todo su odio debía tener por objetivo al marqués de Vallombreuse.

Desde aquel punto quedaron condenados él y sus descendientes, en los designios de Francesca.

Pero ¿qué podía hacer, sola y sin recursos, contra tan poderoso señor?

¿Aguardarle, acecharle, asesinarle? No.

La muerte no le parecía suficiente castigo.

Mayor y más refinada debía ser su venganza.

La mujer que acariciaba tan negros proyectos se veía reducida á la más espantosa miseria, cuando conoció á un soldado aventurero que había llegado á capitán y realizado algunas economías con el pillaje.

Contaba cuarenta años y sentía la necesidad de reposo. Francesca tenía treinta y era bella. Se casaron.

Era en 1627. Un año después tuvieron una hija, á quien pusieron por nombre Lorenza.

La educación de Lorenza fué muy rara.

Su madre formó su corazón para el odio y no para el amor.

De niña la habituó á la idea de que la venganza constituía un alto cargo, que hacía del ser humano un colaborador de Dios é instrumento de la suprema justicia; le enseñó que el oscuro papel de la mujer podía ser poderoso y preponderante en toda empresa.

«El hombre — le decía — no es más que un instrumento de nuestra política. Querer y saber aguardar: con esta máxima se domina el mundo. Tú eres hermosa, Lorenza, y lo tengo por gran ventura, no por frívolo sentimiento de vanidad maternal, sino porque la belleza es el arma más temible de todas. Cuanto más bella parezcas, más terrible serás.»

A los diez y ocho años, Lorenza era tan experta y escéptica como Maquiavelo.

Rebosaba en su corazón el odio que su madre le inspiró por los Vallombreuse.

Toda su exaltación natural, todas las violencias de su temperamento de italiana se concentraban en este pensamiento: «¿Cómo exterminaré á esa familia?»

— Eres bella, muy bella, añadía Francesca, pero conviene que seas muy rica. La riqueza es un medio de acción que no hay que desdeñar. Has de obtener la riqueza por medio del matrimonio.

Pero este matrimonio tan deseado tardó en llegar, á pesar de procurarlo madre é hija por todos los medios posibles.

Por fin se presentó bajo la forma, poco seductora por cierto, del conde de Roquesante.

El conde tenía cincuenta años, y un genio brutal, arrebatado y celoso. ¡Un jabalí, como decía Brillac.

Con esto, una cuchillada en el rostro le desfiguraba completamente, pero en cambio poseía una fortuna considerable y tenía acceso en la corte. La hermosura de Lorenza le hizo perder la cabeza.

Pronto á contraer un matrimonio desigual con la italiana, ésta aceptó su mano, fué condesa y llegó con esto á pertenecer á la misma clase que los Vallombreuse. Desde entonces creyó próxima su venganza.

Pero no sabía cuánto había sacrificado á ésta, entregando su juventud á cambio de una corona condal y de una fortuna.

A la mañana siguiente de su boda, ya le era odioso su marido.

Él lo comprendió, y desde entonces la existencia de entrambos se convirtió en un infierno.

El amor del conde, lejos de extinguirse, se exasperó con la frialdad de su mujer, y todo se volvían amenazas, reproches, violentas disputas, injuriosas sospechas.

La madre de Lorenza, su único consuelo en los más amargos trances, cayó entretanto gravemente enferma.

Ni en su mismo lecho de muerte perdonó á sus enemigos, y en el febril desorden de la agonía, maldijo aún á los Vallombreuse y exigió á su hija juramento de consagrar la vida entera á su venganza.

Lorenza se encontró sola en el mundo, víctima de un marido celoso y brutal, y sin una sola afección que templara su odio. No hubo jamás existencia tan

triste como la suya, emparedada por Roquesante en aquel frío palacio donde el conde no quería recibir á nadie, ó en el fuerte castillo de Roquesante-en-Iveline, cuyo puente levadizo no se bajaba nunca. En aquel aislamiento y en medio de su fastidio, sólo la sostenía la esperanza de realizar lo que ella llamaba «su misión.»

Rodeada de los recuerdos del mariscal d'Ancre y de su esposa, su único y sombrío placer consistía en contemplar aquellas siniestras imágenes y formar largos proyectos contra los enemigos cuya ruina premeditaba. Su solo júbilo consistía en gozarse en el mal.

Aquel día Lorenza se sintió feliz.

Si había fracasado la emboscada dispuesta poco antes, el acaso la había servido mejor dándole á conocer al duque.

Enrique Maufert, cuyas ardientes declaraciones le juraban amor eterno y absoluta adhesión, era — Lorenza no lo ignoraba — el prometido esposo de la hija única del marqués de Vallombreuse.

IV

EL BAILE DEL REY

Gastón de Fleurbaix despertó á la mañana siguiente en el pobre tugurio donde le había acogido Raimundo Poissón.

Al principio se sorprendió de hallarse allí, pero una alegre carcajada de su huésped le recordó los incidentes de la víspera y provocó á su vez un acceso de buen humor en el joven.

Poissón tenía la risa contagiosa.

En su ancho rostro, esmeradamente afeitado, chispeaba la alegría, tan comunicativa y natural, que era muy difícil mirarle sin soltar la carcajada. Era ya de suyo muy cómico también verle vestido de negro, con aquella cara tan risueña.

— ¡Bravo!, dijo Poissón. Mi enfermo va mejor. Ahora procederemos á la cura.

El examen de la herida fué tranquilizador como pocos.

— Dentro de ocho días, esto no será nada; pero, entretanto, os aconsejo el reposo absoluto.

— ¡El reposo!.. ¡En eso estamos!.. Hoy mismo debo ir al Palacio Real, donde se distribuirán los papeles de la fiesta en que ha de danzar el rey..., y el asunto es de importancia. Yo soy, caro amigo, soldado y palaciego, y pongo tanto empeño en cumplir mi deber en la corte como en el campo de batalla. Ni desertaré delante del enemigo ni delante de Benserade.

— ¡Esto es una locura!

— No: es ambición... y es amor. Toda la noche he pasado soñando, querido huésped, con la deliciosa visión de anoche, con aquella adorable criatura..., y me es forzoso encontrarla de nuevo. Comprenderéis perfectamente que, en tales condiciones, no hay descanso posible para mí.

— ¡Mal enfermo hacéis!.. ¡Qué bien hice en renunciar á la medicina!.. En fin, probad á levantaros... Si podéis teneros en pie, os autorizo para salir.

Diez minutos después Gastón había saltado de la cama. Un poco aturdido al principio, se repuso muy pronto de aquel primer mareo.

— ¡Me flaquean un poco las piernas, pero eso se me pasará oliendo estas flores!

Y tomó el ramillete que tan maravillosamente había conquistado aquella noche.

En efecto, á poco sintióse dispuesto á salir á la calle. Poissón le sostuvo hasta la puerta y fué á alquilar un cochecito de punto, cuyo privilegio había obtenido el marqués de Guity por aquellos días.

— ¿Cuando volveré á veros, caro amigo?, preguntó el joven á Poissón.

— Cuando queráis.

— ¿Dónde?

— En casa del duque de Crequy... Soy... ¿cómo diré?... ¡el compañero de su hijo y el que le divierte!

— Pues iré á veros y á daros las gracias.

Gastón regresó á su casa, y allí descansó un instante de la breve fatiga que le había causado la vuelta.

Después de haber almorzado con buen apetito, se sintió más fuerte y procedió á su tocado.

(Continuará)



El conde de Roquesante

SECCIÓN CIENTÍFICA

ARMAS EXPLOSIVAS SUBMARINAS

Sin dejar de reconocer los progresos científicos, preciso es confesar que entre las conquistas de la ciencia hay algunas que más que favorecer perjudican al bien-

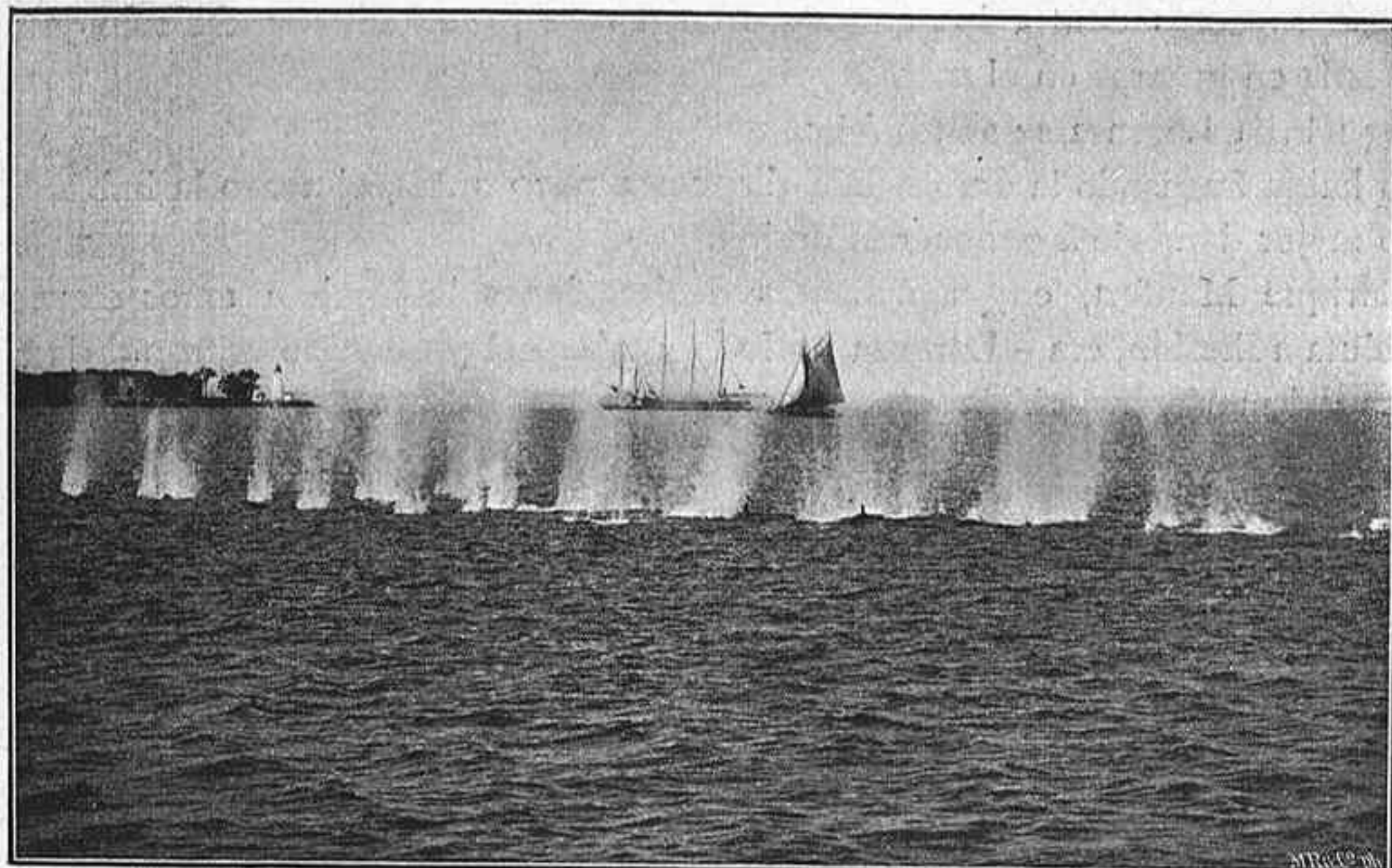


Fig. 1. — Explosión de un torpedo-peiz Sims con varios cartuchos

estar moral y material de la humanidad: esta verdad evidenciase más que en ninguna otra cosa en la técnica de las actuales armas de la guerra por mar. Basta que una mano, quizás de un niño ó de un cobarde, oprima un botón eléctrico para echar á pique un acorazado montado por numerosa tripulación, y aunque más varonil es la lucha del torpedero con el coloso marino, puesto que al atacar á su víctima expone su propia vida, sin embargo, su acción se parece á la de aquellos asesinos que buscan para la realización de su crimen la complicidad de las tinieblas.

En honor de los viejos héroes marinos, de los almirantes de las grandes escuadras europeas, debe decirse que por mucho tiempo se resistieron al empleo de las minas de mar y de los torpedos; pero la lucha por la existencia, causa de tantos errores morales, ha favorecido también en la guerra esas armas que hacen cada día más raras las caballerescas contiendas en que tanto abunda la historia de cada pueblo. Barco contra barco, espada contra espada, pecho contra pecho, así se decidían antes los combates navales que hoy deciden un montón de algodón-pólvora y un alambre eléctrico.

A los americanos se debe la importación de los torpedos en Europa, en donde no se pensó en la guerra submarina hasta que Roberto Fulton hizo en Inglaterra la prueba de su arma poderosa, después de haberla visto rechazada en Francia. El noble almirante francés Dacres, á quien Fulton ponderaba las excelencias de su invento, exclamó en un arranque de indignación: «¡Id con Dios! Vuestro invento es bueno para los argelinos y los corsarios, pero estad seguro de que Francia no ha abandonado todavía el Océano.» Tampoco hizo en Francia fortuna su barco submarino *Nautilus*, con el que permaneció cuatro horas debajo del agua y practicó una mina en el fondo de un buque. En 1804 Fulton vió aceptados sus proyectos por Pitt, primer ministro de Inglaterra, y en el mes de octubre aprestóse con ayuda de aquel inventor la famosa expedición de los catamaranes para destruir la escuadra de guerra y de transporte que Napoleón destinaba á un desembarco en las Islas Británicas. Los catamaranes eran cajas de madera de siete metros de largo por uno de ancho con una carga de 2.500 kilogramos de pólvora, en el centro de la cual había un aparato de relojería que producía la explosión pasado un cierto tiempo: remolcados por un barco de guerra, éste, al llegar cerca del barco enemigo, los abandonaba al impulso de la corriente. El éxito fué, sin embargo, escaso: la mayoría de los catamaranes hicieron explosión sin causar daño alguno, y de su empleo sólo resultaron la destrucción de una lancha francesa y la muerte de catorce hombres, y la calificación de bárbaro para el nuevo sistema de lucha. Hablando de ello, dijo el almirante Jervis: «Pitt fué el mayor loco conocido favoreciendo un arma de guerra que los dominadores del mar no desean y que, de tener buen éxito, podría arrebatarnos esa soberanía.»

El móvil que guiaba á Fulton era cierto extraño idealismo, por cuanto como lema de su folleto *Torpedo war or submarine explosions* puso: «La libertad del mar será la felicidad de la tierra.»

En mayor escala y más sangrientos resultados hí-

zose la guerra submarina durante la guerra separatista americana, y desde entonces todas las potencias marítimas europeas aceptaron y perfeccionaron el sistema de minas y torpedos. Inglaterra, recordando las palabras de Jervis, no lo consideró al nivel de las demás armas de la guerra naval hasta que comprendió que de no admitirlo exponíase á ser vencida por otras marinas de menos importancia. Hoy, pues, no se concibe una marina de guerra sin aquellos elementos de lucha.

Los grabados que publicamos y que más adelante describiremos, reproducen fotografías sacadas durante las prácticas de la *Escuela de Minas Marítimas* de Willett-Poin (Estados Unidos) y permitirán á los profanos formarse una idea clara de la aplicación de tales armas en la guerra naval.

Durante mucho tiempo no ha habido una distinción precisa y fija entre minas marítimas y torpederos, hasta que recientemente los círculos técnicos han convenido por lo general en designar con el primer nombre á los cuerpos fijos, en su mayoría anclados, y con el segundo á los móviles, que impulsados por una fuerza cualquiera se dirigen hacia el buque enemigo. Aunque las minas se emplean hoy generalmente para la defensa y los torpedos para el ataque, en algunos casos aquéllas sirven para atacar y éstos para defender.

Las minas empujadas por la corriente son, por decirlo así, hijas de los antiguos brulotes, esos pequeños barcos que en la antigüedad y en la Edad media se llenaban de materias inflamables y difíciles de apagar y eran conducidos hasta un sitio desde donde se suponía que el viento ó la corriente los empujaría hasta el buque enemigo. Estos brulotes, anatematizados por los buenos marinos, desempeñaron un papel importante en el famoso sitio de Amberes (1584), gracias á los conocimientos del ingeniero mantuano Gianibelli, que estaba al servicio de los flamencos, pero los resultados no correspondieron á las esperanzas concebidas.

En el siglo XVII empleáronlos los ingleses, aunque también sin gran éxito, en La Rochelle (1628), Saint Malo (1693) y Dieppe (1694), y á fines del XVIII el americano David Bushnell hizo algunos inútiles ensayos de torpedo submarino y de minas móviles contra la escuadra bloqueadora inglesa.

Cuando Fulton, un año después de la expedición de los catamaranes, hizo por vía de prueba volar en 1805 en Inglaterra el viejo brick *Dorotea* con una mina cargada con 150 libras de pólvora, los gobiernos de las potencias marítimas europeas, indignados por la barbarie del invento, no quisieron entrar en tratos con él, por lo que hubo de volverse á América, en donde prosiguió sus trabajos sobre la materia, auxiliado pecuniariamente por el gobierno de su país. Nombróse una comisión para estudiar sus proyectos, y aunque el dictamen no fué muy favorable, reconocióse en él «que el uso submarino de la pólvora sería antes de mucho el medio más seguro y más barato de defender los puertos.» Desde entonces se sucedieron allí sin cesar los ensayos de minas submarinas.

El coronel Samuel Colt, inventor del revólver, recogió la idea de Fulton, presentando sus proyectos en 1841, y como en el entretanto la técnica había progresado, pudo prender fuego á su mina por medio de la electricidad. Sobre ello escribió el primer magistrado de la república: «Los descubrimientos del tiempo de Fulton, unidos á un invento mío, me permiten destruir los buques á voluntad y repentinamente, y no buques aislados sino escuadras enteras, al paso que los barcos á los cuales permitiese yo la navegación no sufrirían daño alguno. Y esto puedo hacerlo estando yo completamente á cubierto y sin que el enemigo pueda tener el menor barrunto del peligro. Los gastos para defender un puerto como el de Nueva York serían menores que los de la construcción de un vapor, y una vez montado el aparato basta un solo hombre para producir la destrucción de la mayor flota que Europa puede enviarnos.»

Si se prescinde de que Colt, como sucede con todos los inventores, preconiza su invento como el único eficaz, veremos en las palabras transcritas la mejor descripción de la importancia de las minas marítimas. Para hacer propaganda de su sistema, hizo volar en el transcurso de un año cuatro barcos viejos, un

cañonero, una goleta, un brick y un buque cargado de 500 toneladas.

La primera vez que en Alemania se usaron las minas marítimas para defender un puerto fué en 1848, en Kiel, contra la escuadra dinamarquesa. El profesor Himly, inventor del dorado galvánico, sin tener en cuenta, según parece, los anteriores ensayos americanos, llenó algunas barricas impermeables con 3.000 libras de pólvora de cañón cada una y las ancló á treinta pies debajo de la superficie del mar: en el centro de la carga explosiva había un cartucho de pólvora de caza que contenía el alambre de platino que le prendía fuego y del cual arrancaba un cable que iba á parar á la estación ó observatorio de tierra firme; el otro extremo del alambre del platino estaba en comunicación con una placa de cinc que se encontraba dentro del agua. Unos pequeños flotadores indicaban el sitio en donde estaban las minas á fin de que Himly pudiese saber junto á cuál de ellas estaba el buque enemigo. El temor que este sistema de defensa les produjo fué causa, al parecer, de que los dinamarqueses desistieran del ataque de Kiel.

Durante la guerra de Crimea los rusos emplearon gran número de estas minas para la defensa de Sebastopol y de Kronstadt; pero además de las que se inflamaban desde tierra se pusieron en el mar minas de choque que habían de estallar por sí solas: para estas últimas el profesor Jacobi, de San Petersburgo, inventó un fulminante que, con pequeñas modificaciones, se usa todavía. En la parte superior de la mina había varios tubos de cristal llenos de ácido sulfúrico; á consecuencia del choque del buque con la mina rompíase uno de estos tubos, el ácido sulfúrico se derramaba sobre una materia inflamable de óxido potásico clorotado, y de este modo se prendía fuego á las 75 libras de pólvora. Para que el ácido sulfúrico no se derramara en el agua, cada tubo iba encerrado en otro delgado de plomo que se doblaba al recibir el golpe mientras el cristal se rompía por dentro. Estas minas, sin embargo, causaron poco daño en Kronstadt y las de Sebastopol no causaron ninguno por estar mal preparadas.

En las defensas por medio de minas dispónense éstas en hileras y en forma de tablero de ajedrez para que todo buque que pase por el sitio en donde están choque con una por lo menos.

La primera vez que se usaron las minas y los torpederos como armas principales fué durante la guerra separatista de los Estados Unidos; muchos buques de guerra de los Estados del Norte se fueron á pique á consecuencia de esas minas, ninguno por causa de la artillería enemiga. Los Estados del Sur se disculparon del empleo de esas armas con su impotencia marítima; la prensa de sus adversarios les llamó inhumanos y cobardes, y sin embargo también los del Norte mandaron construir un torpedo submarino que echó á pique al poderoso acorazado *Merrimac*. El héroe de aquella guerra, el almirante Farragut, sólo por fuerza empleó esa nueva arma: «Los torpedos — dice — no son tan malos cuando los dos

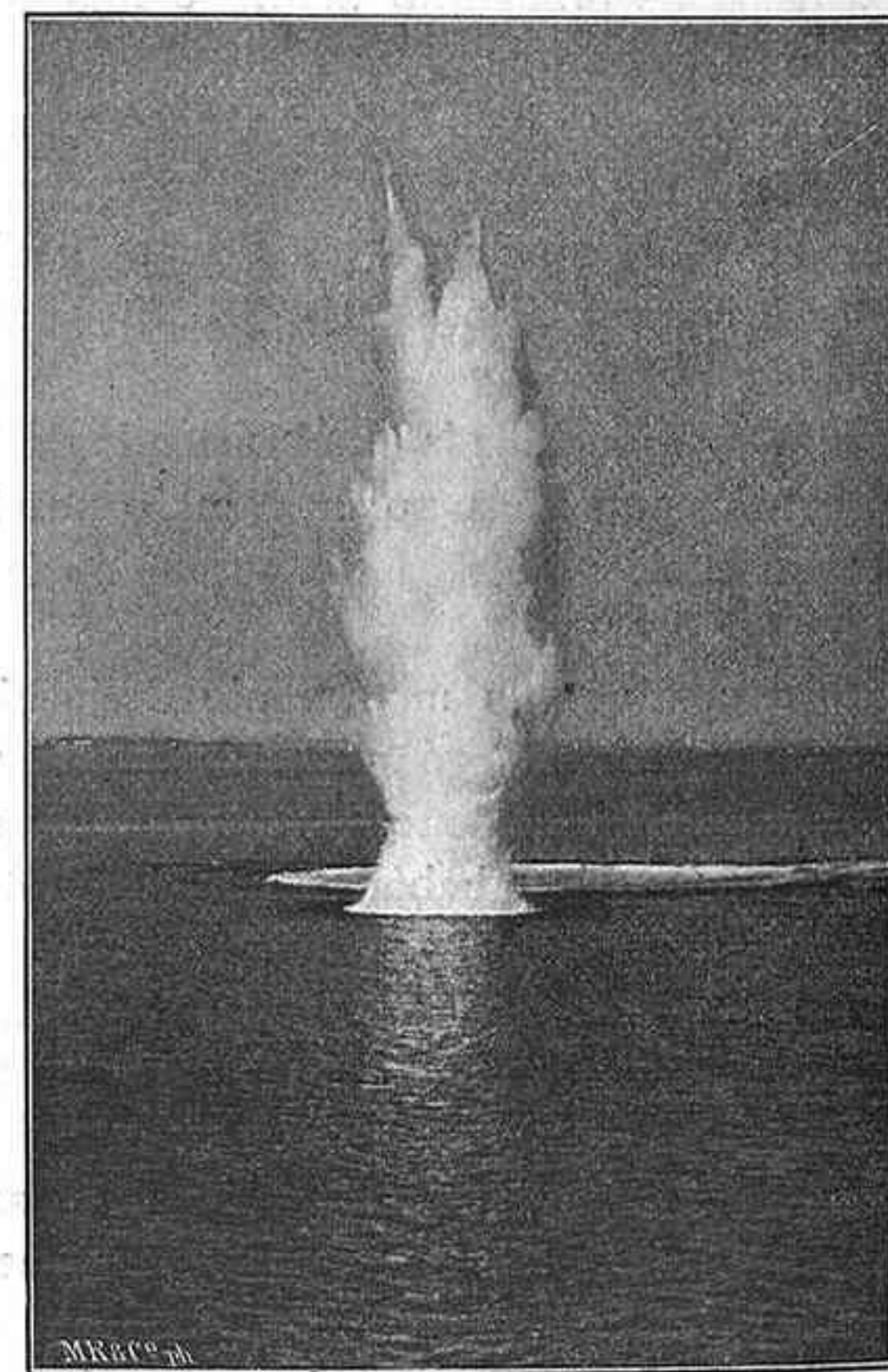


Fig. 2. — Explosión de una carga de gelatina de 50 libras

adversarios los usan; por esto los he aceptado, aunque bien á mi pesar, pues los tengo y tendré siempre por indignos de un pueblo noble. Mas sería una locura dejar al enemigo tan decisiva superioridad.» Casi puede afirmarse que todos los actuales almirantes de

las potencias marítimas europeas son de esta misma opinión.

Pero puesto que el arma existe, debe ser utilizada: la moral de la guerra no puede excluir medios tan eficaces como esos cuerpos explosivos. El hecho de aceptar como armas legales las minas y torpedos no debe interpretarse como signo de endurecimiento de la sensibilidad, sino como resultado del convencimiento de la imprescindibilidad de su uso.

Durante la guerra separatista americana, los Estados del Sur, cuya marina de guerra era muy inferior á la de los del Norte, hubieron de arbitrar un medio para defender sus extensas costas y las desembocaduras de los ríos que conducen á las más importantes plazas comerciales de aquellos territorios, y ninguno más rápido y económico para ello que el de emplear las minas marítimas de toda clase. De aquí que se creara un cuerpo de torpedos que se encargó también del servicio de las minas. El célebre oficial de marina F. Maury, cuyo nombre se ha hecho inmortal en materias hidrográficas, fué nombrado jefe del negociado de torpedos de Richmond, con la misión de estudiar todos los inventos en punto á tales máquinas realizados y de hacer construir las que resultasen más útiles prácticamente. Maury hizo un viaje á Inglaterra con el objeto de fabricar en unión del físico Holmes fulminantes eléctricos mejores que los usados hasta entonces, y al regresar á los Estados Unidos llevaba consigo algunas baterías eléctricas de cómoda aplicación para

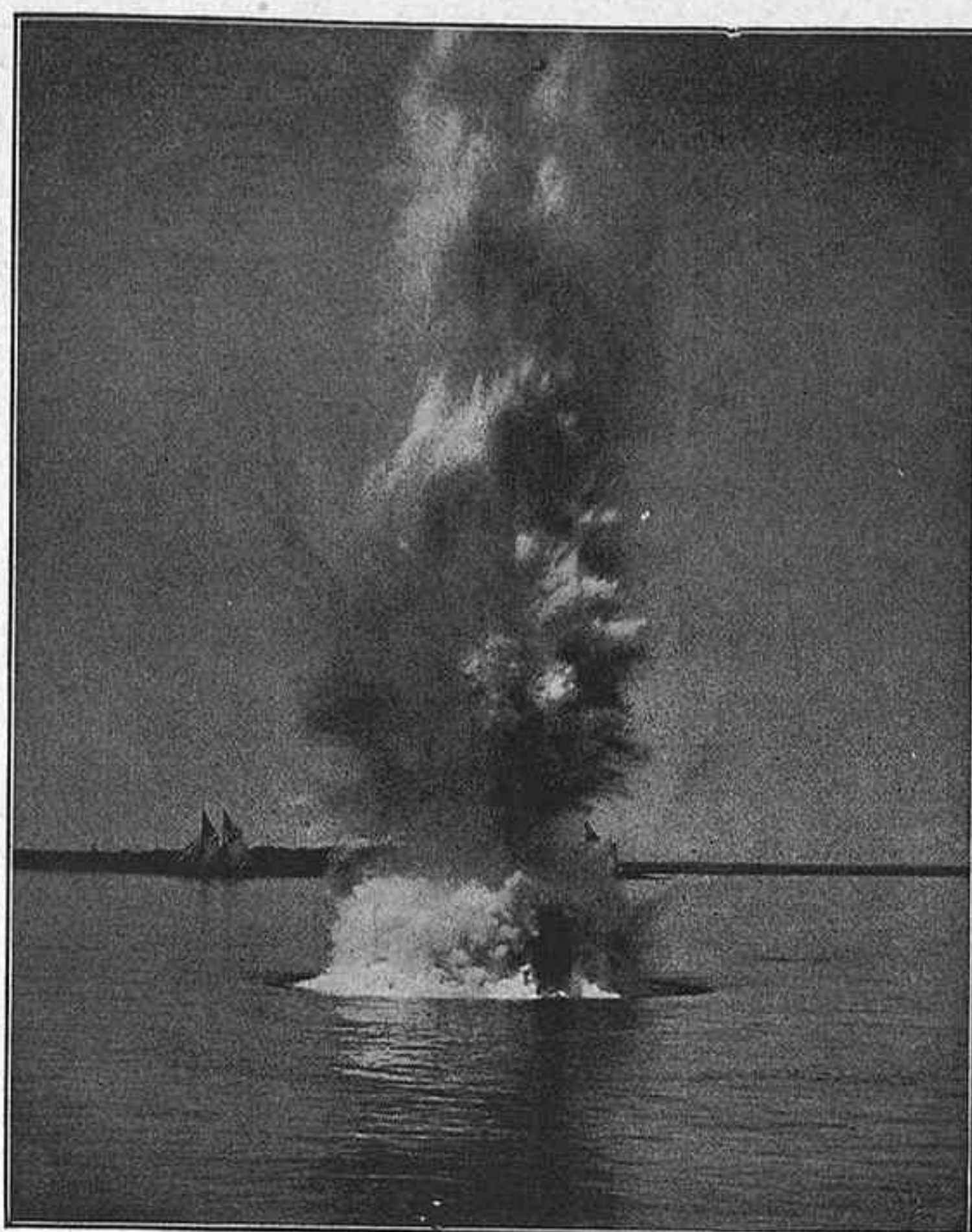


Fig. 3. - Mina cargada con 240 libras de pólvora Morse

prender fuego á los torpedos, en sustitución de los elementos de cobre-cinc (en el agua) de grandes dimensiones que antes había tenido que usar.

El cuerpo de torpedos tomó rápido incremento y en él abundaron los oficiales inteligentes y valerosos, como lo prueban los éxitos que se obtuvieron. Las minas que se emplearon fueron de distintas clases, y la descripción de todas ellas nos llevaría demasiado lejos: basta á nuestro propósito decir que se hizo uso de los fulminantes Jacobis, utilizados con resultado excelente durante la guerra de Crimea, y también de los fulminantes eléctricos de Abel. Las minas eléctricas eran colocadas generalmente en el fondo de las aguas poco profundas y contenían grandes cargas de pólvora, la mayoría de ellas más de 20 quintales: en cuanto á las minas móviles, eran botadas al agua casi siempre durante el reflujo, que las llevaba hasta donde estaba la escuadra bloqueadora; pero muchas veces el flujo las devolvía al punto de partida, causando con ello la destrucción de varios buques de los estados del Sur.

El tiempo de los brulotes había pasado; pues desaparecidas las escuadras de barcos de vela, el empleo de aquéllos resultaba ineficaz: las grandes fragatas de vela, que todavía formaban parte de la flota de los Estados del Norte, iban siempre acompañadas de pequeños remolcadores de vapor que hubieran apartado los brulotes, caso de haberse usado.

JORGE WISLICENUS

(Concluirá)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por Ch. Fay, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Pildoras y Jarabe
BLANCARD
Con Ioduro de Hierro Inalterable.
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.
Exigase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion **BLANCARD**
Comprimidos
de Exalgina
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES (DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS).
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR
Exigase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las
PILDORAS del Dr. DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GRAJEAS DEMAZIÈRE
CÁSCARA SAGRADA
Dosis: 4 ó 6 gr. 125 de Polvo.
Verdadero específico del
ESTREÑIMIENTO
HABITUAL
PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Avon. de Villiers. - Nuestra gratia á los Médicos.
Depósito en todas las principales Farmacias.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE MARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma **AROUND**

PÂTE ÉPILATOIRE DUSSEY
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en oajas, para la barba, y en 1/2 oajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

POEMAS Y ARMONÍAS, por D. Juan Alcover. - Cuatro poemas y seis poesías sueltas forman el tomo que el conocido poeta balear D. Juan Alcover ha publicado recientemente. En todas esas composiciones confirmanse una vez más la inspiración y la facilidad versificadora de su autor, y algunas de ellas son delicadas notas de sentimiento. El tomo, que lleva varios lindos dibujos de Francisco Maura y Antonio Fuster, ha sido editado en Palma de Mallorca por D. José Tous y se vende á dos pesetas.

LORD MACAULAY. CARTAS LITERARIAS Y NOTAS CRÍTICAS. Traducción directa del inglés por D. Ciro L. Urriola. - Bajo todos conceptos son interesantes estas cartas que completan las obras del gran historiador y crítico inglés, y vienen á ser, como acertadamente dice en su prólogo al libro que nos ocupa el señor Borrás, confidencias intelectuales, rápidas y brillantes que nos muestran íntegramente su carácter. La traducción ha sido hecha con mucho esmero por el Sr. Urriola, distinguido médico y literato colombiano, que ha puesto á las cartas de Macaulay interesantes notas. El libro, que



Parada y fonda, cuadro de Mariano Oliver Aznar (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

forma parte de la Biblioteca popular que en Bogotá edita don Jorge Roa, se vende á 10 centavos.

LA IBERIADA. CANTO II. CATALUÑA, por D. Manuel Lorenzo D' Ayot. - El conocido escritor y laborioso propagandista señor D' Ayot ha publicado el segundo canto de su poema *La Iberiada*: está consagrado á Cataluña y en él se cantan algunas de las glorias de nuestro Principado y se ensalzan algunas figuras eminentes de nuestra historia antigua y moderna. Véndese á dos reales en casa de su autor, Luchana, 37, pral. Madrid.

QARTA AL SEÑOR PRESIDENTE DE LA SOCIÉTÉ SCIENTIFIQUE DU CHILI SOBRE ORTOGRAFIA RRAZIONAL por A. E. Salazar. - En distintas ocasiones nos hemos ocupado de folletos escritos en esa nueva ortografía que en Chile empieza á generalizarse: el Sr. Salazar, entusiasta defensor de la misma, haciéndose cargo de ciertas censuras consignadas en una carta dirigida á un miembro de la *Société Scientifique du Chili*, ha publicado un pequeño trabajo, en el que demuestra que el fonetismo ortográfico es eminentemente racional y científico y que sólo la preocupación y la rutina pueden esgrimir armas contra tal reforma.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZÉ-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES. PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
y conserva el cutis limpio y sano
CUIDES DE EL

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores
Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base
de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y C^{ia}, N^{os} 102, B. Richelieu, Paris.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO
DE VIVAS PEREZ
Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina.
Recomendados por la Real Academia de Medicina.

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de Indisposiciones del Tubo Digestivo, Vómitos, Diarreas de los Tísicos, de los Viejos, de los Niños, Cólera, Tifus, Disenteria, Vómitos de las Embarazadas y de los Niños,



Catarros y Úlceras del Estómago, Piroxis con Eructos Fétidos, Reumatismo y Afecciones Húmedas de la piel. Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos y brillantes resultados, que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS DEL MUNDO.

España, Almeria, Laboratorio Vivas Pérez, de donde se envían muestras á quien las pida.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energético que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloración y la Energía vital.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la Arma AROUD

APIOL
de los D^{res} JORET & HOMOLLE
El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las Epocas, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D^{res} JORET y HOMOLLE.
MEDALLAS Exp^{tas} Univ^{ers} LONDRES 1862 - PARIS 1889
Far^{ma} BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestion, curados ó prevenidos, (Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs.
En todas las Farmacias de España.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR de PEPSINA BOUDAULT
VINO de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.
HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN